

Traductores: HH. José María Pérez
José María Bourdet
Bernardo Montes Urrea

Hermanos de las Escuelas Cristianas
Via Aurelia 476
00165 Roma, Italia

Octubre 2005

Jacques Goussin, fsc

Una práctica lasaliana:
la presencia de Dios

Introducción

Era a comienzos de octubre. Había pasado un día en Providence, en la costa Este de los Estados Unidos de América. En compañía del H. Charles Kitson había visitado centros educativos y escuelas totalmente comprometidos con los jóvenes necesitados de reconstrucción personal y social.

La tarde ya caía cuando el H. Charles me invitó a pasar dos horas con él y un grupo de doce madres de familia, en un local del barrio.

Todas las semanas esas mujeres tomaban dos horas de su escaso tiempo personal para encontrarse, lejos de la presión familiar y de las preocupaciones lancinantes de trabajo, gestión, educación. Se trataba de mujeres que lo han pasado moradas y que tienen una experiencia de la vida considerable. Durante dos horas -en presencia del H. Charles que apenas interviene- se escuchan, se animan, se empujan, lloran, juegan, ríen... y luego rezan en voz alta, comparten sus preocupaciones, sus angustias, imploran, dan gracias... la vida se derrama a borbotones.

En el momento de despedirnos me preguntan: "¿Qué tiene que decirnos?" Y respondo: "¿Por qué se reúnen cada semana en presencia del Hermano?" Como algo evidente replican: "El Hermano nos ha enseñado la presencia de Dios. Ahora sabemos lo que es la presencia de Dios; y que en cualquier sitio en el que nos encontremos, cualquier cosa que hagamos, sabemos que Él está ahí, y hemos aprendido a hablarle en cualquier circunstancia. Eso es ser lasaliano. Y nosotras somos lasalianas."

Magnífica experiencia que expresa una de las características más fuertes pertenecientes a nuestra herencia lasaliana común.

En el transcurso de mis desplazamientos a través del Instituto, estoy cada vez más impresionado por la persistencia de esta costumbre que nos recuerda la presencia de Dios, al comienzo de las clases o de las actividades, tanto entre los adultos como entre los jóvenes.

Hace unos años, algunos podían pensar que esta práctica había desaparecido, arrastrada por los numerosos cambios que atrave-

saban nuestras sociedades. Contrariamente, constato que la costumbre ha retomado vigor en muchos lugares, excepto en Europa sin embargo, que está fuertemente condicionada por una secularización que desconfía sin distinción alguna, de dogmas de religiones reveladas y de necesidades espirituales que están en el corazón de la persona humana.

En todos los sitios donde la veo, esta práctica se presenta como una corta invitación, sencilla, espontánea, sirviéndose de formas variadas, adaptadas. Se trata de una propuesta hecha a las personas que se implican según su nivel de adhesión espiritual. Es un momento de respiro en la actividad y educa a jóvenes y adultos por medio de pequeños toques imperceptibles: cada cual entra según su propio ritmo en su interior, allí donde está su corazón. ¿Logrará sensibilizarse? Quizá sí, quizá no... ¿qué importa? No hay prisa. Los frutos aparecerán luego, mañana, dentro de 10, 20, 30 años... Es el secreto de los corazones, de los que el educador no tiene por qué saber todo.

El Hermano Jacques GOUSSIN, especialista francés del siglo XVII, conoce muy bien los textos de nuestro Fundador. Ha aceptado con entusiasmo mostrarnos todo lo que san Juan Bautista de La Salle quería decir a través de esta práctica de la presencia de Dios, y de qué modo ésta constituía para él un camino auténtico de espiritualidad, sencilla, accesible a todos, común a los jóvenes y a sus educadores.

La aportación del H. Jacques GOUSSIN es suficiente por sí misma. Sin embargo, ha querido que sea precedida de testimonios actuales, vividos por educadores lasalianos. El Distrito de California y el H. Luke Salm fueron solicitados y han respondido con alegría a la petición que les fue hecha. Pueden leer los siete testimonios que expresan, cada cual a su manera, cómo se vive esta costumbre hoy, en la actividad educativa. Y comprenderán que verdaderamente es un alimento accesible a todos, propuesto por nuestra familia espiritual para alimentar la fe a fin de que desborde en celo.

Gracias al H. Jacques GOUSSIN.

Gracias a los Lasalianos de California y de Nueva York.

H. Nicolas Capelle

Testimonios

La presencia de Dios y la escalinata del frente

H. George Van Grieken

(El Hno George Van Grieken es el director de la comunidad del Colegio de los Hermanos en Sacramento, California. Diplomado del Instituto de Liderazgo lasaliano y conferenciante del Instituto Buttimer de los estudios lasalianos. Trabaja en el Consejo de la MEL de su Distrito).

Desde hace año y medio, me he parado cada mañana en los escalones del frente del colegio para saludar a los alumnos a medida que llegan. Lo que empezó sólo como una práctica del primer día de clase, se extendió a una semana, luego a un mes, y finalmente se convirtió en un ritual diario. Me sorprendió un poco que la gente comenzara a expresar lo mucho que apreciaban el que yo estuviera ahí, lloviera o hiciera sol, estuviera nublado o despejado, fuera un día quemante o helado. Rápidamente me convertí en un "elemento fijo" en su rutina diaria al venir al colegio. Ellos llegaron a esperar que yo estuviera allí, y ahora, yo también espero estar allí, a pesar de cualesquiera otras obligaciones y responsabilidades que reclamen mi atención ese día. Cuando dejo de pensar en ello, la situación pide poner atención a nuestra oración lasaliana: "Acordémonos de que estamos en la santa presencia de Dios". No sólo recuerdo y encuentro la presencia de Dios en aquellos confiados a nuestro cuidado cada día y todos los días, sino que de una manera muy pequeña les estoy recordando a otros cómo Dios está presente en sus vidas cada día y todos los días, llueva o haga sol, esté nublado o despejado, sea un día quemante o helado. Ellos tienen la opción de reconocer esa presencia o no, ponerle atención o no; y, tal vez, incluso, de encontrarla.

La invocación lasaliana: "Acordémonos..." con la que se inicia cada oración y muchas actividades en el mundo lasaliano, tiene tal poder evocativo para nosotros, porque es algo que ha crecido hasta llegar a ser tan familiar al oído como invitador a la práctica. Por una parte, es algo que oímos tan a menudo, que rara vez lo

dejamos de oír. Como el saludo: “Buenos días”, es fácilmente descartado como de menor importancia, repetitivo, e inofensivo; algo que no requiere verdadera atención. Por otra parte, si se toma en serio, el “acordémonos...” puede ser bastante retador, exigiendo una auténtica y activa conciencia de la presencia de Dios en un determinado contexto. Idealmente, cuando usamos esa invocación, deberíamos tomar unos segundos para *hacer* lo que estamos diciendo; es decir, recordar con calma que estamos en la presencia de Dios. (Recordar que La Salle proporciona seis maneras de hacer esto en su Método de Oración Mental). Algo memorizado se transforma en una invitación a estar en una relación. Una situación similar ocurre con la pregunta de cortesía común: “¿Cómo está usted?” Cuando se le hacía esta pregunta a Katharine Hepburn, con frecuencia respondía: “Muy bien, si no pregunta por detalles”. Su respuesta bastante inteligente reconoce el hecho de que es posible tener diferentes niveles de encuentro cuando se rebotan ciertas palabras o frases entre personas. Hacemos una elección entre tomar estas palabras o frases en serio o sencillamente seguir adelante. Y la mayoría de las veces, no importan las palabras, sencillamente seguimos adelante.

En mis saludos a los alumnos por la mañanita, una de las razones de mi creciente implicación, fue el hecho de que algo memorizado pronto se convirtió en una invitación a estar en relación. Usted no puede sencillamente decir: “Buenos días” cientos de veces, en serio, sin querer decir algo más al mismo tiempo.

Lo que en un principio se pensó como algo sencillo y sin consecuencia, gradualmente se convirtió en un desafío personal. Los encuentros de dos o tres segundos con cada estudiante que llega al colegio, tenidos en un periodo de semanas y meses, construyeron genuinas, si bien limitadas, relaciones con personalidades fácilmente identificables. Cada persona tenía una aproximación, respuesta o actitud específica al hecho de ser saludado. Se llegó al punto en que diseñaría una estrategia a largo plazo para ciertas personas cuyo único interés visible parecía ser aumentar mi tolerancia del rechazo, una estrategia a largo plazo basada en esas breves observaciones diarias de sus personalidades. Durante un período de semanas o meses, se podía uno dirigir gradualmente a sus defensas o timidez o simple falta de atención hasta que, en el tiempo oportuno, se pudiera detenerlos para una corta conversación provechosa. Después de eso, estaban entusiasma-

dos, y descubrieron que responder no era, ni es, tan difícil después de todo. Los elementos claves para el éxito incluían saber exactamente cuándo saludarlos mientras pasaban, empleando la correcta inflexión y volumen de voz en su saludo, saber sus nombres, sonreír, etc. Pero lo más importante era, y es, el contacto con la mirada. Una vez que los otros han hecho contacto con la mirada, debe haber alguna reacción, porque una falta de reacción o respuesta en ese momento, pone la responsabilidad directamente en ellos. Las palabras y gestos se convierten ahora en una verdadera invitación a ellos: de repente ya no se puede rechazar, es personal.

Las semejanzas con la manera como Dios está presente en nuestras vidas son sin duda bastante obvias. Dios también está parado en los escalones frontales de nuestras vidas, saludándonos llueva o haga sol, esté nublado o despejado. Dios nos saluda diariamente en la gente que encontramos, las situaciones que enfrentamos, y aun los desafíos que afrontamos. C. S. Lewis escribió que Dios “nos susurra en nuestras alegrías, nos habla en nuestra conciencia, y nos grita en nuestro dolor”. Y la preocupación de Dios es tal que no tiene límite. Durante un período de semanas o meses, nuestras defensas o timideces o sencilla falta de atención son crecientemente solicitadas hasta que, en el tiempo oportuno, podemos ser detenidos para una corta y provechosa conversación. Después de eso, estamos entusiasmados y descubrimos que responder no era, ni es, tan difícil después de todo. Una vez que Dios ha hecho “contacto con la mirada”, la responsabilidad es totalmente nuestra. Las palabras y gestos de Dios se convierten ahora en una verdadera invitación a nosotros: de repente ya no se puede rechazar, es personal.

Lo interesante, por supuesto, es encontrar dónde ese crucial “contacto con la mirada” de Dios ocurre en nuestras vidas. ¿Es litúrgico, interpersonal, estético, cinestético, comunal, casi místico, o es más como poner atención a cualquier cosa, o a cualquiera que está ante nosotros a cualquier tiempo dado? Me atrevería a decir que el contacto de la mirada de Dios, la presencia de Dios que no puede ignorarse, está dirigida solamente a mover el corazón de cada persona -una noción familiar en el mundo lasaliano.

Mis breves encuentros diarios con alumnos cada mañana son para mí un microcosmos de enseñanza. Son también un encuen-

tro con la presencia de Dios diario, impredecible, y bastante intenso. El amplio espectro de personalidades, reacciones, situaciones y breves conversaciones transmite una vida que brilla con la riqueza de la gracia de Dios aun cuando, algunas veces, refleja un hambre genuina de esa misma gracia. He sido bendecido por la experiencia -de hecho, temo haberme vuelto bastante adicto a ella- y al mismo tiempo continúo encontrándome forzado y desafiado de forma inesperada. Pero eso es, sin duda, parte de tomar seriamente un encuentro con la presencia de Dios. No hay necesidad del "acordémonos...".

"... la mayoría de los cristianos sólo consideran la urbanidad y la cortesía como una cualidad puramente humana y mundana, y no piensan en elevar su espíritu más arriba. No la consideran como virtud que guarda relación con Dios, con el prójimo y con nosotros mismos... [Los maestros] cuidarán de moverlos a ello por el motivo de la presencia de Dios, ... cuidarán de moverlos a ello por el motivo de la presencia de Dios, ... es decir, por respeto a la presencia de Dios, ante el cual vivían." (RU 0,1 0,0,1; 0,6 0,0,6).

"¿Procuráis mostrar tanta bondad y afecto a los niños que instruíis como los que sentía san Bernabé hacia aquellos a cuya conversión y salvación se dedicaba? Cuanta más ternura sintáis por los miembros de Jesucristo y de la Iglesia que os están confiados, tanto más producirá Dios en ellos admirables efectos de la gracia" (MF 134,2,2).

La Santa presencia de Dios

Sta. Deb Fagan

(Sta. Deb Fagan. Consejera de admisiones y profesora de matemáticas en Totino-Grace High School en Friedley, Minnesota. Participó en el CIL en octubre-noviembre 2004, y es una graduada del Instituto de Liderazgo Lasaliano).

Puedo recordar la primera vez que sentí la presencia de Dios. Fue en el verano antes de entrar en el 7º grado, y yo era un campista en el campo de la iglesia "Waves of Fun". Una noche, en la capilla, experimenté a Dios de una manera que no había conocido

antes. Fui educado como cristiano y aprendí que “Jesús te ama” a una edad temprana, pero esto era diferente. Fue como si me diera cuenta por la primera vez que el amor de Dios era por mí. Desde ese momento en adelante, mi fe se hizo mía, como quien dice, una verdadera confirmación. Dejé de asistir a la iglesia, rezar o comulgar porque era obligatorio, sino porque yo escogía hacerlo. Acepté las promesas que mis padres habían hecho en el bautismo y asumí realmente la responsabilidad de mis propias relaciones con Dios.

Esa experiencia juvenil fue conmovedora y poderosa, por decir lo menos; de hecho fue lo que se refirió al campo, una “experiencia cima de montaña”. He encontrado las “experiencias cima de montaña” muy instructivas sobre mi jornada de fe a través de la vida. Generalmente, las “experiencias cima de montaña” son tiempos de retiro y reflexión en que se exploran la oración y la espiritualidad. Cuando estoy “en la cima” puedo mirar hacia atrás y reflexionar sobre de dónde partí y cuánto he recorrido. Agradezco a Dios que he llegado hasta aquí a través de tiempos fáciles y difíciles, de fracasos y victorias. En la cima de la montaña, también tengo la oportunidad de ver lo que está ante mí. Hay muchas cosas que todavía no conozco, y aunque la inmensidad es abrumadora, también es apasionante. Sin embargo, me doy cuenta de que prácticamente nada crece en la cima de la montaña. Es abajo, en los valles donde los prados ostentan flores fragantes, el venado bebe en el burbujeante arroyo y donde la vida verde crece. No puedo vivir en la cima de la montaña, pero puedo tomar energías de estas experiencias.

La presencia de Dios es evidente en la cima de la montaña, pero ¿y en la vida diaria? ¿Puede estar Dios presente y ser experimentado en la vida que llevo día a día? Hoy, 20 años después de la primera experiencia de la presencia de Dios, sé que la respuesta es sí. Dios no sólo está presente cuando buscamos experimentar y estar junto a Dios, sino que Dios está presente siempre. Como un educador lasaliano, diariamente empiezo la clase con las palabras; “Calmémonos, y acordémonos de que estamos en la santa presencia de Dios”. Es calmándome durante mi concurrido y agitado horario, como reconozco la presencia de Dios. Veo a Dios en las alegrías y las penas que mis alumnos expresan en sus oraciones de clase. Veo a Dios en la risa de mi bebé y en el llanto de mi hijo recién nacido. Dios está presente en la lluvia gentil, en el

cambio de estaciones y en los mares enfurecidos. Dios espera que yo, tú, nosotros... nos acordemos.

Así que calmémonos y acordémonos de que estamos en la santa presencia de Dios.

Acordémonos de que estamos en la santa presencia de Dios...

H. Larry Schatz

(Hno. Larry Schatz, FSC. Presidente de la Escuela Media San Miguel de Minneapolis, en Minnesota. Conferenciante en el Instituto Lasaliano de Justicia Social. También sirve a su Distrito en los Consejos de Misión y de Ministerio).

¿Cuántas veces habré oído y pronunciado esas palabras durante mis 25 años de Hermano? No obstante, nunca me canso de repetir las, porque ellas son verdaderamente un poderoso recuerdo a lo que nosotros, lasalianos, estamos llamados. Lo que me gusta de esta frase es que siempre es verdadera, nunca puede ser no verdadera.

A medida que mi día transcurre en la Escuela Media San Miguel, la presencia de Dios se realza. La presencia de Dios es muy evidente -a veces, muy desafiante- frente a nuestros alumnos. Ellos están llenos de energía, llenos de capacidad. Son la razón por la cual hago lo que hago, y su éxito es lo que pretende la fundación de este nuevo ministerio lasaliano. Me mantienen en tierra. Son las manifestaciones dinámicas de la presencia de Dios.

El profesorado es otro recuerdo poderoso de la presencia de Dios. Estas personas dedicadas están ahí por una sola razón: servir a los jóvenes confiados a nuestro cuidado. Su compromiso, dedicación al trabajo, paciencia, simple presencia amorosa es lo que hace especial a San Miguel. Cada uno, a su manera, proyecta la presencia de Dios. Son testigos de la misericordia de Dios.

Miro por las ventanas de nuestro gran salón de clases, y veo el mundo "allá fuera". La naturaleza -en cualquier tiempo del año- me recuerda constantemente la presencia de Dios. De hecho, a veces, la imagen de una luna brillante en el cielo invernal, el sol caliente entrando por las ventanas, y el inmenso árbol que bordea

nuestro bloque, todo me invita a detenerme y mirar admirado. Admirado ante el admirable Dios que parece gritar su presencia en casi todos los rincones de la calle.

Hoy, celebramos la fiesta de san Miguel, y durante nuestra misa, hubo tantos recordatorios de la presencia de Dios: en la Eucaristía, por supuesto, pero también en las voces de los estudiantes que sirvieron como lectores, cantores y músicos. En los rostros y la presencia de nuestros patrocinadores que vinieron a celebrar con nosotros, y sin cuya ayuda no existiríamos. En los Hermanos jubilados que afrontaron el clima de invierno para reunirse con nosotros para honrar a san Miguel. Y el mismo edificio de la iglesia, una iglesia antigua con arcos altísimos y bellos vitrales, rezuma un sentido de reverencia que invita a poner atención a la permanente presencia de Dios.

Dos de nuestros voluntarios recibieron premios para reconocer sus muchas horas de servicio voluntario, y ambos trajeron con ellos a sus esposas y niños. Y en los rostros de esos pequeñitos, Dios estaba sonriendo claramente y recordándonos la gran bendición que los niños son al invitarnos a disfrutar de las cosas pequeñas.

Cuando las clases terminaron, los padres y familiares vinieron a recoger a sus hijos, y su dedicación a sus hijos y su amor por ellos es todavía otro recuerdo de la santa presencia de Dios.

Lo maravilloso de las palabras “acordémonos...” es que ellas nos llaman sencillamente a abrir los ojos a los que ya nos está rodeando: la santa presencia de Dios. Dios no viene a nosotros; más bien nosotros vamos a Dios estando presentes a la presencia, permitiéndonos a nosotros mismos observar admirados las innumerables manifestaciones de la presencia de Dios en el curso de un solo día de clase.

La presencia de Dios

H. Ed Siderewicz

(Hno. Ed Siderewicz. Presidente y cofundador de las Escuelas San Miguel en Chicago, Illinois. Está participando, actualmente, en el Instituto de Liderazgo Lasaliano).

Algunas veces, siento la presencia de Dios en momentos de inspiración o de consuelo; algunas veces también, siento la presencia de Dios por la vía de la ausencia de Dios, un sentimiento de ser dejado tranquilo, de abandono. Es como una obra de arte musical, cuya genialidad proviene tanto de los silencios bien distribuidos como de las notas bien colocadas. Cuando las notas y silencios están puestos uno al lado del otro, tienen el poder de arrobarlo a uno y trascender el momento.

Recientemente, ha habido momentos que me han dado razón para detenerme y reflexionar. Estas son historias de alumnos de nuestra escuela San Miguel e historias que han tocado mi corazón, historias que me han desafiado, historias que me han inspirado, historias que me han hecho agradecido, historias sobre vidas que reflejan en mí la presencia de Dios -algunas veces vía un signo de la resurrección, otras veces vía la presencia del mal. Estas son historias de muchachos que vienen de vecindarios empobrecidos, que tienen los índices más altos de desertores de la escuela en el Estado, y entre las más altas en Estados Unidos.

La primera historia es cuando Jameshia, una de nuestras valientes alumnas graduadas de 5º grado pasó por mi oficina la semana pasada. Me vio trabajando tranquilamente en mi escritorio, se entró, me rodeó con el brazo y me preguntó cómo me iba. "Muy bien" -dije- "¿y usted qué tal, Jameshia, está apuntando a las estrellas hoy?" Sin titubear en lo más mínimo, Jameshia me encantó con su sonrisa, y con plena confianza replicó: "Estoy apuntando más allá de las estrellas". Una magnífica actitud para una joven chica que entró en San Miguel a un curso atrasado.

Otra historia es cuando estaba hablando con una de nuestras profesoras, Renee Clark. En el curso de nuestra conversación, Renee dijo: "Tengo algo que contarle. Ayer, Carey Gates (del 6º grado) vino a decirme que algún día, quería estudiar en la Universidad del Estado de Michigan". Al seguir dándome detalles, los ojos de Renee empezaron a llenarse de lágrimas. Hay que tener en cuenta que Carey empezó en San Miguel el año pasado en el 5º grado rindiendo entre los grados 1º y 2º. Ella tiene las necesidades de una alumna de educación especial. Lo inspirador en esto es que Carey está dando todo lo que tiene, y por alguna razón ha llegado a creer que podría terminar estudiando en una de las principales universidades del país. Quedé inspirado no sólo por Carey, sino también por Renee, inspirada por Carey.

Otro incidente sucedió la semana pasada a tres manzanas de nuestro campus Back of the Yards. En la mitad de la tarde, mientras estábamos todavía en clase, vimos y oímos tres helicópteros volando y largando mensajes que recogimos con rapidez. Hubo un tiroteo a tres manzanas de la escuela. Esta es una historia que comienza a sonar como un disco rayado. Usted podría predecir el guión. Aunque nadie tenía muchos detalles, ni siquiera las noticias de las 5.00 p.m. que la informó como su historia principal. Lo que se decía en la calle era que una camioneta había chocado violentamente, varias veces con un pandillero, golpeó una boca de incendios que se derramó e inundó la calle 47 -una arteria principal- e hizo estragos. Entonces, unos carros empezaron a dispararse unos a otros.

Mientras sucedía esto, una de nuestras profesoras estaba donde el dentista en la calle 47, al lado del sitio donde el incidente estaba ocurriendo. Volvió para relatar con pelos y señales la guerra de bandas, incluso 2 ó 3 hombres que murieron en el tiroteo. ¿Qué es lo más inquietante? En el periódico del día siguiente no había nada... En el vecindario, nadie hablaba de ello... Nadie parecía estar investigando qué pasó u otros detalles. Todo el incidente parece que se enterró y se borró de la conciencia. El diablo ha embotado nuestros sentidos. Pero, a pesar de esta cultura de muerte, veo diariamente ejemplos de alumnos y profesores valerosos que diariamente son signos de resurrección.

La historia siguiente me hizo llorar. La víspera del Día de Acción de Gracias, uno de nuestros profesores pidió a los alumnos escribir una redacción empezando "Estoy agradecido por..." Uno de los alumnos llamado Shaquille, de 1,20 m. de estatura, respondió con claridad y sabiduría: *"Estoy agradecido por Dios. Dios es aquél por quien estoy agradecido. Si Dios no fuera real, y sólo nosotros lo fuéramos, no tendría quién se ocupara de mí. Mi mamá murió, y no sé dónde está mi padre. De modo que mi primo se encarga de mí. Por eso estoy agradecido por Dios"*.

Lo inspirador aquí es que, cuando Shaq viene a la escuela por la mañana, frecuentemente abraza con mucho cariño a sus profesores en vez de darles la mano. Me pregunto cómo un niño de 10 años ha tomado algunas heridas bastante grandes de su vida, las ha incorporado en lo que él es y quiere llegar a ser, tierno y compasivo sin señales aparentes de una arista; y cómo ser agradecido por lo que era.

Aún otra historia. Se trata de José Lagunas, un graduado de san Miguel que estudia ahora en Lewis University. José se levantó recientemente en una Conferencia de Latinos en Lewis e hizo una introducción sumamente inspiradora. Empezó:

Se acabó el tiempo de las excusas! El tiempo de señalar con el dedo se extinguió, y de las cenizas debe surgir una madurez. Desde esas cenizas, debemos tomar control de nuestro destino y romper el ciclo en que nos han colocado por ser Latinos. De nosotros se espera que abandonemos la educación, nos unamos a bandas, y muramos antes de cumplir los 18 años con nuestros 15 minutos de fama en los obituarios. No hay excusas!

Entrando como Latinos, ya estamos en desventaja. Estamos en una lucha por la supervivencia con nuestras manos agobiadas por el peso, demasiado pesadas para impedir cualquier posibilidad.

Ahora bien, hay dos luchas en las que estamos liados ahora mismo. Una es la batalla contra el racismo. Una lucha contra "¿puede usted hablar inglés?". Pero la otra es mucho mayor. Es contra nosotros mismos. Necesitamos ser capaces de tomar distancia y mirarnos a nosotros mismos de manera crítica. Necesitamos, primero que todo, amarrarse los pantalones y frenar esa porquería de pandillas que está en la puerta. Necesitamos ser tomados en serio. Se van a reír de nosotros hasta que nos demos cuenta de lo absurdo que es morir por colores. No hay excusas.

Estamos juntos en esto, y necesitamos empezar a tener responsabilidad por nuestras acciones. Les digo que la oportunidad de ir a la universidad está en sus manos. A medida que las generaciones pasan, necesitamos progresar en todos los aspectos de nuestras vidas. Necesitamos tener como mira las estrellas en lugar de conformarnos con "escasamente lograr fines". En este caso, las estrellas son: ser doctores, abogados, cualquier cosa.

Finalmente, estaba charlando la semana pasada con el P. Brigham, párroco de Nuestra Señora Auxilio de los Cristianos, parroquia en la que está situado el campus Gary Comer de San Miguel. Estábamos caminando por el pasillo del colegio y él estaba mirando las fotos de nuestros alumnos de 7º grado que adornan el pasillo. Se detuvo en la mitad del pasillo, empezó a reír, y hablar sobre cuán lejos estos chicos habían llegado en solo dos años. Luego, el P. Brigham dijo algo profundo en su sencillez, pero revelador de la verdad: *"Estos chicos son normales... son*

sólo chicos normales... pero esto es algo extraordinario para estos chicos".

Luz sobre las tinieblas... la resurrección riéndose de la muerte... a los pobres se les predica la *Buena Nueva*... los últimos están siendo primeros. La presencia de Dios y el Espíritu del Dios Vivo siguen perfectamente viviendo en nuestro mundo, hoy, y actuando con poder a través del bellissimo regalo de nuestro carisma lasaliano.

El césped verde, Signo de Fe

Sta. Rory Tira

(Sta. Rory Tira. Profesora de lenguaje en el Colegio de los Hermanos en Sacramento, California. Graduada del Instituto de Liderazgo Lasaliano y miembro de la Junta Consultora del Instituto Lasalliano de Justicia Social).

Trabajo en un colegio católico grande, en un vecindario no muy bueno. No es tan extremadamente pobre que usted no haya visto nada parecido. Lo ha visto. Pero tampoco es la clase de lugar donde usted quisiera pasar mucho tiempo. O necesite hacerlo. Es la clase de vecindario donde la gente prefiere bordearlo que pasar a través, al menos que tengan un motivo para ir allí. La clase de vecindario en que algunos chicos tratan de sacarle provecho y a otros se les enseña a estar lejos de él. En los días calurosos, parece opresivo; y en los días grises parece sombrío. El resto del tiempo, como que apenas pasa, muy semejante a mucha de la gente que vive allí.

Los indicios son obvios y familiares: barras en las ventanas, lotes vacíos, de tanto en tanto casas selladas con tablas, tiendas de licores esquineras, residencias subsidiadas, y vallas publicitarias españolas para cerveza. Se ven muchas familias con niños pequeños, una comunidad de inmigrantes variopinta, y mucha gente haciendo todo lo posible y llamando esto hogar. Cantidad de carritos de bebé y jóvenes mamás, ocasionalmente, helicópteros volando bajo, y cosa triste, muchas sirenas. Siempre, demasiadas sirenas. Pero hoy, hubo una especie de puro silencio en este vecindario. Sucedió algo extraordinario, y no fue la primera vez.

Más de mil personas, la mayoría adolescentes, se reunieron en un prado gigante bien cortado. (Esto no más, merece reconocimiento. Es difícil conseguir hierba verde a lo largo de este bulevar de concreto, aunque se han visto matas de rosa florecer de la basura enfrente de muchas casas). El gentío no estaba organizado en filas. No hubo ningún sistema para sentarse excepto que todos los niños estaban sentados sobre toallas playeras y mantas de picnic; un mosaico de una partida de amigos. Sentados juntos, espalda contra espalda, algunas cabezas descansando sobre las rodillas de los otros y sobre el regazo, si podían conseguirlo. Chicos, chicas, todos ellos arrellanados, de lo más cómodo y próximo que la mayoría de los adultos querían estar. Una grande y enmarañada red de adolescentes, tendidos en el prado, calmados, en general, bajo el sol de media mañana. Y luego, empezaron a orar.

En silencio

Al unísono

Y con una bella música.

Y cuando hacen esto, cuando hacemos esto (pues hago parte de la multitud), me gusta imaginar que estoy en la acera. Que quizá vivo en el vecindario y estoy caminando, digamos, del mercado, o al paradero de autobús, o estoy en camino de la lavandería de monedas. Y mientras paso por el aparcadero y por las negras cancelas, oigo algo y doy la vuelta. Y allí, como lo último que uno pudiera imaginar ver, hay una reunión de más de mil personas, en oración silenciosa, en medio de esta mañana de jueves totalmente ordinario. Me gusta preguntarme, ¿qué pensaría yo si viera esto? ¿Qué pensarían ellos? ¿Nos escuchará alguien? ¿Nos verá? ¿Notará la gracia? ¿Llegan nuestras voces hasta la esquina?

Quiero que lleguen.

No estamos abrigados por un techo y paredes de una capilla o gimnasio. No hay altas cercas o muros de ladrillo para mantenernos "dentro" y al vecindario, "fuera". Estamos justo afuera sobre el césped, a no más de 76 metros de la calle, de los coches de los bebés, de las tiendas de licores, y de las sirenas. A veces me gusta pensar que estamos orando con los vecinos; una especie de invitación a orar "venga como esté". Quiero que los vecinos escuchan con nosotros la riqueza de las palabras del sacerdote: "Danos la paz en nuestro día". Quiero que digan con nosotros:

“Es justo dar gracias y alabar a Dios”. Quiero que esta manta de retazos compuesta por jóvenes en oración, se ensanche sobre los portones, manzana abajo.

Como profesores de este colegio, se nos pide ver el rostro de Dios. Ese es nuestro deber, nuestro esfuerzo de buena fe cuando venimos a trabajar cada día. Con frecuencia no pienso en ello. (Aunque sé que sucede, no siempre lo he pensado así). A veces, esta misión parece dura o abstracta. Algunas veces, a las 3 de la tarde, cuando usted no quiere ver más un adolescente al menos por otras diecisiete horas, ver el rostro de Dios parece casi imposible.

Hoy, pareció fácil. Éramos el rostro de Dios siendo iglesia sobre el césped. Juntos, éramos un gigante, imposible de ignorar, signo de fe en medio de una calle cansada, agotada, en Sacramento.

¿Cómo pudo alguien no haber se dado cuenta?

Siempre en Tierra Santa

Sr. Greg Kopra

(El Sr. Greg Kopra. es Director Adjunto de la Oficina de Educación del Distrito de San Francisco. Graduado del Instituto de Liderazgo Lasaliano y conferenciante en el Instituto Buttimer de Estudios Lasalianos. También sirve a su Distrito en el Consejo de Misión).

**La tierra desborda de cielo,
y cada arbusto arde de Dios;
pero sólo los que ven se quitan las sandalias...**

-- Elizabeth Barrett Browning
Aurora Leigh (1857), Libro VII, línea 820

**¿Adónde iré, oh Señor, que me aleje de tu espíritu?
¿Y adónde huiré que me aparte de tu presencia?**

-- Juan Bautista de La Salle
Explicación del Método de Oración (1739).

Agosto 24 de 1983. El Rector se puso de pie, pidió orden, y nos

invitó a comenzar la reunión con una oración. Se sintió silencio en los maestros y el personal reunido en la biblioteca. "Acordémonos" -entonó- "de que estamos en la santa presencia de Dios". Luego dejó un tiempo para que pudiéramos aceptar la invitación a recordar. Me encontré profundamente emocionado por las palabras, la invitación, el silencio orante. Y empecé a reflexionar sobre sus palabras. *Acordémonos de que estamos en la santa presencia de Dios*. No dijo: "Pongámonos en la presencia de Dios", como si no estuviéramos ya en la presencia de Dios. Tampoco dijo: "Pidamos a Dios estar presente con nosotros en todo lo que hagamos en este año escolar", como si Dios se hiciera presente sólo cuando es invitado. No, él no dijo nada de eso. Dijo: ***Acordémonos de que estamos en la santa presencia de Dios***. Estamos en la santa presencia de Dios. Ahora, entonces, siempre. El desafío -la invitación- es *acordarse* de esta realidad. En ese momento, me acordé, y no he olvidado nunca esa experiencia.

Para Juan Bautista de La Salle, recordar la presencia de Dios es absolutamente esencial si los maestros quieren cumplir sus deberes educativos bien. Sus escritos están llenos de exhortaciones a recordar la presencia de Dios. En la *Explicación del Método de Oración*, indica que el recuerdo de la presencia de Dios es el primer paso en la preparación para la oración.¹ En una carta dirigida a un Hermano con fecha de 15 de mayo de 1701, La Salle dice: "La presencia de Dios le será de gran utilidad para ayudarlo y animarlo a realizar bien sus acciones."² Ordenó a los primeros Hermanos arrodillarse al pie del escritorio al entrar en la clase, signarse y recordar la presencia de Dios. Cada media hora, un alumno tocaría la campana en la clase, y otro, se pondría de pie y, desde su pupitre, diría: "Acordémonos de que estamos en la santa presencia de Dios."³ El mensaje es claro: estamos siempre pisando tierra santa.

¿Por qué este centrarse en la presencia de Dios? ¿Qué más da al fin y al cabo? Tiene que ver con encontrar lo que estamos bus-

¹. Juan Bautista de la Salle *Explicación del Método de Oración*, 2. Traducción del Hno. José María Valladolid.

². Id., *Cartas*, C 102,7

³. *Praying with John Baptist de La Salle*, p. 38. Carl Koch. 1990: Saint Mary's Press, Winona, MN.

cando. En su meditación para la fiesta de la Epifanía, La Salle insta a los lasalianos: "Reconozcan a Jesús bajo los pobres harapos de los niños que tienen que instruir;"⁴ Miren debajo de la superficie; miren más allá de la apariencia. Los "pobres harapos" de nuestros alumnos podría ser una presentación desaliñada, algún mal comportamiento, una "actitud", apatía, cinismo... ustedes entienden. Si buscamos problemas, encontraremos problemas. Si buscamos defectos, encontraremos defectos. En cambio, si buscamos promesa, creyendo en que un alumno tiene potencialidades para el éxito, encontraremos la clave para abrir la potencialidad de ese estudiante. Debemos evitar definir al estudiante por su conducta, Creemos que todavía hay más, todo lo que tenemos que hacer es seguir buscando.

Recordar y reconocer la presencia de Dios es un signo distintivo de la escuela lasaliana. En una época en que tantos jóvenes luchan con la pobreza de su autoestima, uno de los mayores regalos que podemos hacer a nuestros alumnos es ver su bondad aun antes de que ellos la vean en sí mismos, hablar de su bondad, y amarlos de manera tan efectiva que ellos empiecen a creer en su propia bondad. Acordarse de la presencia de Dios nos recuerda la bondad y el potencial ilimitado de cada persona que encontramos. Nos mantiene centrados en lo bueno. Todo encuentro con un alumno es un encuentro con Dios.

Al correr del tiempo, hace veinte años desde ese día en la biblioteca, he olvidado mucho del contenido de la formación, pero he llegado a comprender que mi sabio Rector había dado una tremenda lección sobre cómo enseñar: antes que nada -antes de programar cualquier clase, antes de corregir cualquier examen, antes de establecer cualquier directriz para el comportamiento en la clase- *recuerde la presencia de Dios*. Si se deja de hacer esto, fallamos con los estudiantes confiados a nuestro cuidado. Ellos merecen nuestra veneración, nuestro respeto, nuestro amor y nuestra preocupación.

Elizabeth Barret Browning lo dijo mejor: *la tierra desborda de cielo*. Amén.

⁴. MF 96,3,2

Una práctica de nuestra tradición

H. Luke Salm

De haber una oración familiar a los lasalianos de todas las partes -Hermanos, asociados, maestros, alumnos y antiguos alumnos- ésta es: "Acordémonos de que estamos en la santa presencia de Dios." Esta oración -más bien, esta invitación- viene del mismo San Juan Bautista de La Salle, quien prescribió que se dijera en ciertos momentos de la jornada escolar. Es significativo que, en tiempos del Fundador, se usara en el ambiente escolar como recordatorio, normalmente proclamada por un alumno, para que maestros y alumnos se percatasen de la importancia de lo que estaban realizando en el centro educativo. Como tal, la fórmula no aparece en los ejercicios de piedad que el Fundador compuso para las oraciones de comunidad de los Hermanos. Razón de más para que pueda llegar a ser oración de cuño lasaliano para los asociados y colaboradores de los Hermanos, así como para los actuales y antiguos alumnos. Puede reportar algún beneficio, pues, tanto a los colaboradores lasalianos como a los Hermanos ir de nuevo a los orígenes de esta oración, ofrecer algunas reflexiones de la implicación teológica de lo que se nos pide "recordar" y, finalmente, algunas sugerencias prácticas para que la oración consiga su finalidad.

La oración es auténticamente lasaliana porque refleja tan perfectamente la peculiar espiritualidad de Juan Bautista de La Salle que podría decirse que La Salle era continuamente consciente de la presencia de Dios. Como Jesús mismo, se retiraba a menudo a la soledad para dedicar largas horas a la oración en la presencia de Dios, bien solo a altas horas de la noche o ante el Santísimo Sacramento, o durante sus frecuentes retiros espirituales. En una lista de resoluciones que hizo en una de tales ocasiones determinó que cada vez que viajara por primera vez a un lugar emplearía quince minutos concentrado en la presencia de Dios en aquel lugar. Cuando el Cardenal Arzobispo de París le amenazó con el destierro, no puso ningún reparo, diciendo que podía encontrar a Dios en todas partes. Vio la presencia de Dios en los acontecimientos que le afectaban, para bien o para mal, con su exclamación característica: " Bendito sea Dios!" En su lecho de muerte, adoró a Dios presente como su guía en todos los acontecimientos de su vida.

Si la vida del Fundador estuvo saturada de la conciencia de la presencia de Dios, igual fue la de los primeros Hermanos. La primitiva Regla de los Hermanos resaltaba la necesidad de atender a la presencia de Dios: "Estarán lo más atentos que puedan a la santa presencia de Dios, y cuidarán de renovarla de cuando en cuando; bien persuadidos de que no han de pensar sino en Él y en lo que les ordena; es decir, en lo concerniente a su deber y empleo." (Regla de 1718. Capítulo 2, artículo 7). Y de nuevo: "Todos [los Hermanos] se arrodillarán para adorar a Dios presente, en todos los sitios de la casa, al entrar o al salir, excepto en el patio y en el jardín, como también en el locutorio..." (Ibid. Capítulo 4, artículo 13). El Fundador consideró la presencia de Dios como uno de los sostenes interiores de su Instituto (Ibid. Capítulo 16, artículo 8).

Se elaboró el horario de la comunidad para poner en práctica estos principios. Además de las oraciones vocales de la mañana y de la noche, y de una serie de oraciones al mediodía, los Hermanos dedicaban media hora antes de la Misa, por la mañana, y antes de cenar, por la noche, a la meditación. El Fundador instó a los Hermanos a iniciar estos momentos de oración poniéndose en la presencia de Dios y les ofreció seis modos de pensar en Dios presente: en un lugar, 1) porque Dios está en todas partes, o 2) porque está presente en medio de los que están reunidos en su nombre; en nosotros mismos, 3) en cuanto no subsistimos sino en Dios, o 4) por su gracia y por su Espíritu; en la iglesia, 5) porque es la casa de Dios, o 6) por la presencia de Dios en el Santísimo Sacramento. Dependiendo de sus posibilidades, La Salle sugirió que los Hermanos estuvieran atentos a la presencia de Dios por múltiples reflexiones, por pocas pero prolongadas reflexiones, o por simple atención, sin reflexiones. (Ver su *Explicación del Método de Oración Mental*, passim.)

Finalmente, la espiritualidad de La Salle, la suya propia y la que instó a sus maestros, fue especialmente atenta a la presencia de Dios en las personas, ante todo en ellos mismos, como se indicó antes, y después, de manera especial, en los alumnos confiados a su cuidado. El sello del Instituto, con la estrella y el lema *Signum Fidei* (Signo de Fe), es un recordatorio constante de la meditación del Fundador para la fiesta de Epifanía. Puesto que por la fe los Magos pudieron reconocer la presencia de su Rey y Dios bajo los pañales y las circunstancias humildes del nacimiento de Jesús, La

Salle escribe: "Reconoced a Jesús bajo los harapos de los niños que tenéis que instruir; adoradlo en ellos." De nuevo, en la introducción de las Reglas de Cortesía y Urbanidad Cristiana escribe: "...[los maestros] les animarán [a los niños] a que no les tributen [a sus prójimos] tales muestras de benevolencia, de honor y de respeto sino como a miembros de Jesucristo y a templos vivos animados por el Espíritu Santo."

Téngase en cuenta que los maestros a los que La Salle se dirigía eran hombres sencillos, apenas formados y sin la preparación académica exigida a los maestros de hoy. Eran jóvenes ocupados todo el día en la preparación de las clases, con obligaciones religiosas y manuales en la comunidad, y enseñando después en aulas que podían albergar hasta 80 ó 100 alumnos. A pesar de todo, La Salle no dudó en pedirles que hicieran de la presencia de Dios en la comunidad, en la escuela y en sus vidas su constante preocupación.

La espiritualidad lasaliana es siempre apostólica; realismo místico lo ha denominado Michel Sauvage. Lo que se experimenta a través del espíritu de fe desborda en celo para la misión. Así, la presencia de Dios recordada en la comunidad religiosa se esperaba que pasase a ser una invitación a recordar la presencia de Dios en la escuela cristiana. Los Hermanos traerían su propio sentido de la presencia de Dios a la situación escolar como algo que compartir. En el contexto de nuestro conocimiento actual de misión compartida, se invita al maestro lasaliano a cultivar una conciencia de la presencia de Dios en su vida diaria.

El tan a menudo repetido "Acordémonos de que estamos en la santa presencia de Dios" es un recordatorio de que compartir la misión lleva consigo compartir una conciencia constante de la presencia de Dios, en cuyo nombre se lleva a cabo la misión. Es una invitación a poner a Dios en el centro de lo que ocurre en el despacho del director, en el aula, en las reuniones de profesores o en los encuentros lasalianos de todo tipo. Afortunadamente, el uso de esa oración parece estar más extendida ahora que en los últimos tiempos, uniendo a la generación actual de lasalianos con las generaciones que respondieron a la invitación a lo largo de más de 300 años.

El problema de cualquier fórmula repetida tan a menudo es que pierde sentido y puede convertirse en algo parecido a un cliché.

Que se pida que recordemos la presencia de Dios es un reto real que no puede tomarse a la ligera o tratado como simple rutina. Pensar en ello un momento podría abrir las implicaciones de lo que una exhortación tan breve nos está pidiendo.

Acordémonos. La palabra “acordémonos” supone que uno no está invocando la presencia de Dios por primera vez. Implica que hemos olvidado algo y que, por supuesto, nos ha ocurrido. En la tarea de dirigir una clase o una escuela, con las prisas de llegar a tiempo a una reunión de profesores o mientras nos preparamos para participar en un taller, Dios a duras penas puede estar en el centro de nuestras preocupaciones más inmediatas. Una pausa, pues, para recordar qué y Quién son centrales en todo el asunto.

Estamos en la santa presencia. “Nosotros” significa cada uno de nosotros, individualmente, y en conjunto, como comunidad. “Nosotros” implica también que somos personas y, por tanto, la presencia es una presencia personal. Presencia personal difiere del modo como estamos ante las cosas (lo que nos rodea) o, incluso, ante otras personas con las que no existe una relación personal (una multitud, por ejemplo). Nuestra conciencia de la presencia de Dios es del tipo de presencia de persona a persona que Martín Buber denominaría encuentro Yo - Tú. Y la presencia es santa, en otra palabra “impresionante,” porque la persona ante la que estamos presentes es santa y nos hacemos santos al recordarlo.

La santa presencia de Dios. A nosotros, limitados en el espacio y el tiempo, se nos pide que captemos en la fe y experimentemos como real la presencia de Dios, que supera el espacio y el tiempo; el Dios presente no sólo a nosotros, sino a la creación entera de Dios; el Dios, que es un misterio absoluto y, al mismo tiempo, está en la base misma de nuestra existencia; el Dios, cuyo mismo ser se comunica gratuitamente a nosotros, criaturas racionales de Dios. Recordar la presencia de Dios en ese sentido nos pone en contacto con la fuente de nuestra identidad como personas humanas, y con el objetivo último, que es nuestro destino eterno.

Así la invitación a recordar la presencia de Dios es una invitación a hacer teología. La teología no es sólo para profesionales. La teología es reflexión (logos) sobre el misterio de Dios (Theos). La teología, en este sentido amplio, no requiere formación seminarística o un título académico. La teología puede ser sofisticada (Karl

Rahner) o ingenua (un niño escribe cartas a Dios); bíblica (Padre, Hijo Encarnado, Espíritu Santo) o magisterial (Credo de Nicea); intelectual y objetiva u orante y personal. Sin embargo, ninguna de estas teologías puede adecuarse a la realidad de Dios, que es su objeto. Incluso así, la invitación a recordar la Presencia de Dios es una invitación a reflexionar sobre quién es Dios, en cuya presencia nos hallamos. ¿Quién es Dios como tal? ¿Quién es Dios para mí? ¿Para todos nosotros cuando nos reunimos en un encuentro lasaliano? ¿Y para los alumnos que se nos confían en la misión lasaliana? Tal es el reto cuando utilizamos las palabras “presencia” y “Dios” al mismo tiempo. Exige un cierto tipo de preparación y esfuerzo si esas palabras han de ser ocasión de una genuina experiencia religiosa.

Esto da pie a algunas cuestiones prácticas sobre el uso de esta oración que los lasalianos, que la utilizan tan a menudo, podrían querer analizar. La principal cuestión hace referencia a la cantidad de tiempo y energía espiritual necesaria si esperamos experimentar alguna vez la fe de que estamos verdaderamente en la presencia de Dios. Parece que algunas prácticas que se han establecido en el uso de esta oración son contrarias a su efecto pleno. La mayor parte se refieren a la práctica de responder con una respuesta verbal a la invitación. En algunos países europeos la respuesta ha sido “adorémosle” (et adorons-le), un añadido que no figura en tiempos del Fundador. En, al menos, un distrito de Estados Unidos, la respuesta va seguida inmediatamente de la señal de la cruz, aunque la práctica original en las escuelas era hacer la señal de la cruz antes de la invitación de recordar la presencia de Dios. Últimamente, en algunos lugares, puesto que la fórmula es tan familiar, se ha adoptado el formato versículo-respuesta: V) “Acordémonos” R) “De que estamos en la santa presencia de Dios.” El problema de todas estas prácticas es que evocan una respuesta vocal inmediata que puede dejar poco tiempo - en algunos casos, nada- para reflexionar sobre lo que se recuerda.

Para los lasalianos de hoy, quizás el mejor modelo de esta oración tradicional es lo que con el tiempo se ha conocido como la oración de “la media”. En las escuelas, la oración de “la hora” empezaba con la señal de la cruz, la invitación a recordar la presencia de Dios, y le seguía algún tipo de oración vocal. En la oración “de la media,” por contraste, sonaba la campana, se expresaba la invitación y seguía un momento de silencio. Esta práctica

parecería más adecuada al acto de la invitación, para dar tiempo a adentrarse en la impresionante realidad y hacerla verdadera oración en contacto personal con Dios. Esto sería similar al consejo dado al celebrante en la liturgia de que, antes de expresar el contenido de una oración, haga una pausa para la reflexión silenciosa después de la invitación "Oremos" (Oremus). En estos casos, el silencio es, verdaderamente, de oro.

La pausa silenciosa después del lasaliano "Acordémonos de que estamos en la santa presencia de Dios" podría tener, como variación, periodos más largos o más cortos, dependiendo de las circunstancias. En el aula, la pausa tendría que ser relativamente corta. Pero en momentos de oración, en encuentros lasalianos o en la oración de comienzo en reuniones oficiales, podría ser más prolongada, terminando sencillamente con el "Viva Jesús en nuestros corazones." Podría incluso explicitarse y hacerse más específica. Por ejemplo, después de la invitación inicial y de la adecuada pausa, el presidente podría decir: "Acordémonos de la presencia de Dios en esta sala o en esta asamblea." Incluso, mejor: "Acordémonos de la presencia de Dios en cada uno o en alguna persona de esta sala; o incluso, en uno mismo." Tales cambios ayudarían a vencer la rutina, siempre que la invitación inicial a recordar la presencia de Dios viniera seguida de un periodo apropiado de silencio.

Finalmente, recuérdese que si esta invitación lasaliana tradicional ha de ser verdaderamente una experiencia de la presencia de Dios, no puede confiarse sólo en la ingenuidad y en el esfuerzo humanos. A la larga, toda experiencia de oración depende de la iniciativa y de la acción del Espíritu de Dios dentro de nosotros. Y una vez que el Espíritu nos ha dispuesto a rezar en la presencia de Dios, el mismo Espíritu dará eficacia a nuestro trabajo en la misión lasaliana. Como La Salle mismo nos recuerda en su meditación de Pentecostés, "Vosotros ejercéis un empleo que os pone en la obligación de mover los corazones; y no podréis conseguirlo sino por el Espíritu de Dios."

Luke Salm, FSC
Manhattan College
8 de septiembre de 2004

Primera parte: La presencia de Dios

1. Una presencia múltiple

Había entrado en un autoservicio administrado por marroquíes. Había rellenado mi plato pero, cuando me presenté en caja no encontré a nadie. Esperé un cierto tiempo que excedió mi capacidad de paciencia (tenía hambre), de tal forma que cuando volvió el cajero no pude evitar decirle (aunque con media sonrisa): “En su ausencia, he tenido ganas de irme sin pagar”. Me miró con aspecto serio y luego me replicó: “Pero señor, allá arriba hay Alguien que lo ve”. No sé si este hombre era musulmán o antiguo alumno de los Hermanos, pero admiré su fe, al mismo tiempo que me preguntaba cuántos franceses, en circunstancias semejantes, me hubieran hecho la misma observación.

Ese sentido de la presencia de Dios, san Juan Bautista de La Salle lo heredó, junto con otros principios, de la escuela de Bérulle en el Seminario de san Sulpicio, y guardó su huella definitiva, hasta tal punto que constituyó un ejercicio específico para su propia vida espiritual así como la de sus Hermanos.

1.1. Toma como punto de partida una convicción de **fe, relativa a la omnipresencia de Dios**, que pasa por delante de su omnipotencia, verdad tan magistralmente puesta en evidencia en el salmo 139: “Creo, oh Dios mío, que a cualquier parte a donde vaya, allí os encontraré; y que no hay ningún lugar que no sea honrado con vuestra presencia” (EMO 4,128,2)⁵. “A cualquier lugar que vayamos, por apartado y oculto que esté a los ojos de los hombres allí se encuentra siempre a Dios, y es imposible huir de su presencia” (EMO 2,17). [Dios] “está en todas partes y llena el cielo y la tierra, que en toda su extensión son incapaces de contenerlo... está en todas las cosas por su propia naturaleza” (DC1 102,0,3-04).

Esta última cita tiene el interés de subrayar el carácter natural de la omnipresencia de Dios, efecto necesario e inmediato de su

⁵. Nota del traductor: Las citas se han sacado de las “Obras Completas” de San Juan Bautista de La Salle. Traducción de José María Valladolid, fsc. Ediciones San Pío X, 2001.

esencia: por el hecho mismo de existir, está en todos los sitios. Este tipo de presencia no exige de él ninguna determinación particular, ningún acto de voluntad, o hablando en lenguaje humano, ningún trabajo, ningún esfuerzo por pequeño que sea; le basta con ser para ocupar el terreno.

No ocurre así con otros modos de presencia divina que podríamos llamar "intencionales" puesto que dependen de un designio soberano de Dios, tal como la Creación, la Alianza o la Encarnación.

1.2. Consecuencia del **acto creador**, "Dios está presente en nosotros para hacernos subsistir"; y glosando el discurso de san Pablo ante el Areópago de Atenas (Hch 17,28) san Juan Bautista de La Salle prosigue: "No tenemos el ser, el movimiento y la vida sino porque Dios está en nosotros, que nos lo comunica e incluso está para comunicárnoslo; de modo que si Dios cesara un momento de estar en nosotros y de darnos el ser, al punto volveríamos a la nada. Qué gracia, pues, nos concede Dios con hacer por sí mismo y por su residencia en nosotros, que seamos lo que somos!" (EMO 2,40-41).

1.3. En cuanto a **la Alianza**, tiene como primera aplicación una presencia propia de Dios en el alma, a la que tradicionalmente se le da el nombre de inhabitación divina: "Dios está presente en nosotros por su gracia y por su Espíritu, según lo que dice nuestro Señor en san Lucas, cap. 17, que el Reino de Dios está dentro de vosotros; pues por su Espíritu Santo reina Dios en nosotros; y también por la inhabitación de la Santísima Trinidad en nosotros, según lo que dice el mismo Jesucristo en san Juan, cap. 14, 23: El que me ama guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos mansión en él" (EMO 2,51).

El lenguaje hebreo que remplacea por medio de imágenes las palabras abstractas que no posee, concentra y concreta la presencia en el "rostro", término que encontramos especialmente, cuando se aplica a Dios, en los Profetas o en los Salmos: "Es tu rostro, Señor, lo que busco" (Sal 27,8). "Escondes tu rostro y estoy con-turbado" (Sal 30,8). "Alza sobre nosotros la luz de tu rostro" (Sal 4,7)...

Pero el Fundador, cuyo vocabulario se alimenta más en el Nuevo Testamento que en el Antiguo, sólo hace referencia dos veces: Los

Santos “presentan nuestras oraciones a Dios, y nos invitan a dese- ar ser, como ellos, holocaustos vivos ante el rostro del Señor” (MF 184,2,1). “La misma severidad del juez... que dará a cada uno según sus obras, hará que quienes estén presentes no se atrevan a mirarlo al rostro” (MD 1,1,1).

1.4. Con **la Encarnación del Verbo**, Dios se da nuevas formas de presencia. Por eso “se puede considerar a Dios presente en la iglesia, porque Nuestro Señor Jesucristo está siempre en ella, resi- diendo en el Santísimo Sacramento del Altar. Él es quien santifica los templos, en los que está siempre realmente presente, para col- mar de gracias a los que en ellos lo adoran. Por eso se puede apli- car a esos santos lugares las palabras del Apocalipsis: He aquí que ha establecido su Tabernáculo entre los hombres, y morará con ellos, y será su Dios (cap. 21)” (EMO 2,75-76).

Pero esta humilde presencia, que sólo una discreta lámpara roja señala, no agota el proyecto que condujo al Cordero Pascual a hacerse Pan y Vino: ante todo y sobre todo, quiere ser alimento. Sin duda, su presencia en el cuerpo de quien recibe la hostia no dura más que el tiempo de los accidentes: “Cuando las aparien- cias se corrompen en nuestro estómago, Jesucristo cesa de estar en nosotros con su presencia corporal, pero permanece por su gracia durante todo el tiempo en que vivimos sin ofender a Dios mortalmente” (DC 304,1,14). Y los efectos de la comunión no son, según las palabras de Paul Claudel, “ese tipo de cosas que tienen un principio y un fin”. De ello da testimonio esta insisten- te petición que encontramos en las “Instrucciones y Oraciones”: “Haz por medio de tu presencia en mí, que llegue a ser otro, total- mente distinto del que soy” (I 6,23,2).

1.5. La **presencia sacramental** del Verbo Encarnado en cada uno de sus discípulos en el momento de la comunión no hace más que personalizar su presencia prometida y realizada en la Iglesia, que es su Cuerpo Místico: “Nuestro Señor dice en el Evangelio de san Mateo, capítulo 18, que cuantas veces dos o tres personas están reunidas en su nombre, Él está en medio de ellas” (EMO 2,24). Y san Juan Bautista de La Salle saca una aplicación inme- diata para la vida comunitaria de sus Hermanos, aplicación que desarrolla en una página que se puede citar “in extenso”:

“Está en medio de los Hermanos para darles su Espíritu Santo, y para dirigirlos por él en todos sus actos y toda su conducta. Está

en medio de ellos para unirlos, cumpliendo por sí mismo lo que pidió por ellos a su Padre antes de su muerte con estas palabras de san Juan, capítulo 17: Haz que todos sean una misma cosa en nosotros como tú, Padre, y yo somos uno; y para que sean consumados en la unidad; es decir, que todos sean de tal modo uno y estén tan unidos entre sí, al no tener más que un mismo Espíritu, que es el Espíritu de Dios, que jamás puedan desunirse. Jesucristo está en medio de los Hermanos en sus ejercicios para darles el espíritu de su estado, y para mantenerlos y afianzarlos en la posesión de ese espíritu, que es para ellos el principio y la consolidación de su salvación, si lo poseen siempre sólidamente y sin alteración. Jesús está en medio de los Hermanos para enseñarles las verdades y las máximas del Evangelio; para impregnar íntimamente con ellas su corazón, y para inspirarles que hagan de ellas la regla de su conducta; para hacérselas comprender, y para darles a conocer cómo han de ponerlas en práctica del modo más acepto a Dios y más conforme con su estado. Jesucristo está en medio de los Hermanos para moverlos a que hagan uniforme en su sociedad la práctica de las mismas máximas del Evangelio, a fin de que conserven siempre entre sí entera y perfecta unión. Jesucristo está en medio de los Hermanos en sus ejercicios a fin de que, estando todas sus acciones dirigidas a Cristo como a su centro, sean uno en Él por la unión que estas acciones tengan con Jesucristo, que opera en ellos y por ellos. Jesucristo está en medio de los Hermanos en sus ejercicios para darles acabamiento y perfección; pues Cristo es, respecto de ellos, como el sol, que no sólo comunica a las plantas la virtud de producir, sino que da también a sus frutos la bondad y perfección, que es mayor o menor según estén más o menos expuestos a los rayos del sol. Así es como los Hermanos hacen sus ejercicios y las acciones propias de su estado con mayor o menor perfección, en proporción de la mayor o menor relación, conformidad y unión con Jesucristo" (EMO 2,26-32).

Qué cuadro, auténticamente lasaliano, de "esta Iglesia de Jesucristo, según la expresión de san Pablo, que es nuestra Comunidad"! (MF 169,3,2).

2. Una presencia discreta y atractiva

Los diccionarios franceses contemporáneos definen el adjetivo "atractivo" por la expresión "que da ganas de entrar en relación".

¿No podríamos ver en esto la cualidad más exquisita de Dios y la que, paradójicamente, mejor armoniza con su discreción? Porque Dios no hace ruido, no se impone, respeta el libre arbitrio de su criatura en el mismo momento en que se convierte en su amigo más cercano, su huésped más íntimo: “Eres verdaderamente un Dios escondido” (Is 45,15).

¿Cómo el hombre, enfrentado a su presencia que le arremete por todas partes, pero nunca a cara descubierta, va a reaccionar? Para explicarlo, san Juan Bautista de La Salle, recurriendo al vocabulario psicológico de su época, va a enumerar las diferentes actitudes del espíritu y del alma, que llevan por nombre: la vista, la atención, la ocupación, la aplicación y el afecto.

2.1. En el ámbito intelectual, la **“visión” no es más que un pensamiento**. Todo comienza pues en el cristiano por una toma de conciencia de que Dios, misteriosamente, está ahí, en él y alrededor de él. A condición, sin embargo, de que ese primer gesto no se encierre en una zona estrictamente racional sino que se abra a la luz de la fe: “Después de haber grabado en el espíritu la idea de la presencia de Dios... es oportuno hacer un acto de fe sobre la verdad de que Dios nos está presente” (EMO 4,125). Y el medio por excelencia que recomienda el Fundador para llegar a esta visión de fe, es el uso de la Sagrada Escritura: “... siendo palabras de Dios, según nos enseña la fe, tienen de suyo una unción divina, nos conducen por sí mismas a Dios” (EMO 4,143); y sobre todo a mantenernos “en espíritu de adoración interior, por simple mirada de fe de su santa presencia, de su suprema grandeza e infinita excelencia” (EMO 19,327).

Observemos de paso que la palabra “visión”⁶ posee también sentido de finalidad, intencionalidad, como en la expresión “con la mira [visión] de”. Por ejemplo: “deben actuar sólo con la mira [vista] puesta en Dios” (MD 75,1,1); “es necesario que realicéis todas vuestras acciones con la única mira [visión] de complacer a Dios y de serle agradable” (MD 75,3,1); “que toda su mira [visión] e intención sea cumplir la voluntad de Dios” (C 1,2); “quiero conseguir, de tener sólo a Ti como mira [visión] de todas

⁶. Nota del traductor: La palabra francesa “vue” puede ser traducida al castellano de formas diversas: vista, visión, mira, intención, proyecto, designio, opinión... Según el contexto de la frase, observarán que el término francés “vue” se ha traducido al castellano por diferentes palabras.

mis acciones" (I 3,37,2). Distingamos pues con precisión "la visión [mira] de Dios" con lo que forma parte de nuestro presente estudio: "la visión [pensamiento] de la presencia de Dios".

Y es también con una oración como se terminará este párrafo: "Concededme, oh Dios mío, la gracia de que la consideración de vuestra santa presencia me ocupe de continuo; para que así como estoy siempre en vuestra presencia, no deje ni un solo momento de pensar en Vos" (EMO 4,138,5).

2.2. La atención supone un tiempo de pausa y de reflexión. El interés se manifiesta y hace referencia tanto a la voluntad como a la inteligencia para que el espíritu y el alma permanezcan orientados hacia aquello que constituye su razón profunda: Dios que les está actualmente presente. Pero ese resultado no se obtiene sin un esfuerzo obstinado. En primer lugar, esfuerzo de conversión: "Hay que tener la mente desocupada y el corazón totalmente desprendido de lo que constituye, de ordinario, el atractivo [atención] y el placer de los hombres" (I 6,29,2). Esfuerzo también, y sobre todo constancia: "Hay que ejecutar [nuestras acciones] con la atención en Dios" (DC1 405,5,2). Y la Colección nos proporciona la receta: "¿Qué es poner la atención en Dios al hacer alguna cosa? - Pensar actualmente en la presencia de Dios" (CT 11,2,12). El lector habrá observado la fuerza del "hay que" con el cual san Juan Bautista de La Salle construye dos de las frases anteriormente citadas, para subrayar el carácter radical, en su doble significado, del esfuerzo espiritual al que anima a sus Hermanos. Puesto que además lo vuelve a repetir en forma de estímulo final: "Hay que pedir a Dios la gracia de caminar siempre con Él y con atención a su santa presencia" (DC2 4,6,4).

2.3. Después de la visión y la atención, vienen la **ocupación y la aplicación**, dos términos que se refieren a la misma realidad; a tal punto que el Fundador utiliza indiferentemente el uno o el otro: "La oración mental es una ocupación interior, esto es, una aplicación del alma a Dios" (EMO 1,1). A este nivel, lo que está en cuestión, es el encuentro en lo más íntimo de la conciencia, entre el fiel que busca a Dios y Dios mismo, que quiere hacerse presente en él. Y si se quiere absolutamente, establecer un matiz entre las dos palabras que sirven para expresarlo, se podría decir que "aplicación" insiste sobre todo en el esfuerzo realizado por la persona para adherirse lo mejor posible a la presencia divina, mientras que "ocupación" se interesa más en el impulso que

empuja a Dios a manifestarse al creyente para de ese modo penetrar en su corazón y ocuparlo. Dos movimientos que convergen, como la respuesta que acompaña a la pregunta realizada, como el don que colma la petición.

Pero, “¿qué espíritu pasa de golpe de la ocupación de cosas sensibles a la de cosas puramente espirituales? Esto parece a algunos muy difícil, y a otros del todo imposible” (EMO 3,111). Y san Juan Bautista de La Salle, hablando de la disposición del alma para la oración, ilumina ese problema y proporciona la clave: “La mente de los hombres, ocupada ordinariamente, casi todo el día, en cosas de suyo exteriores y sensibles, sale por este medio, en cierto modo, fuera de sí misma, y se contagia, por poco que sea, de las cualidades que tienen las cosas a las que se aplica. Esto hace que cuando se quiere aplicarla a la oración mental hay que principiar por retirarla completamente de la aplicación a las cosas exteriores y sensibles, y no aplicarla sino a las cosas espirituales e interiores. Por ello se comienza aplicándose en ella a la presencia de Dios” (EMO 1,8-9).

Si el Fundador ha insistido tanto sobre este asunto, es a causa de la incompatibilidad natural que separa la criatura del Creador, hasta el punto de oponerlos en el ámbito de sus relaciones. Del mismo modo que “no se puede servir a Dios y al Dinero” (Mt 6,24), así mismo “la dedicación a las cosas exteriores destruye en el alma el cuidado por aquellas que se refieren a Dios y a su servicio” (MD 67,2,1), mientras que “la aplicación a la presencia de Dios... aparta el espíritu de las cosas exteriores, para no ocuparlo sino en el objeto cuya aplicación es la única capaz de retener el espíritu dentro de sí mismo y de hacerlo, por lo tanto, interior” (EMO 1,10). Esas dos citas, tomadas entre otras muchas, dan perfectamente cuenta del acto deliberado al que la mente se dedica. Mientras que la aplicación emplea su energía, excita su celo y dedica sus cuidados, la ocupación le abre enteramente y la hace receptiva, hasta lo más profundo. Y en definitiva, el resultado al que llega esta búsqueda espiritual no es más que una posesión amorosa, por encima del conocimiento.

2.4. En efecto, es ese significado el que quisiéramos mantener para la última de las actitudes psicológicas que debemos estudiar aquí, el “**afecto**”. Es el último eslabón de la cadena que el creyente hace recorrer a lo que su época llamaba las “potencias”, es

decir, las capacidades y las fuerzas del espíritu, del corazón, del alma, partiendo de la "visión". Es el punto al que conduce el esfuerzo que se les ha pedido y por el que les ha llevado. Además, debemos comprender la palabra que lo designa, puesto que no ha cesado de evolucionar y de enriquecerse de múltiples matices en el período de transición entre los siglos XVII y XVIII, tiempo de actividad literaria de san Juan Bautista de La Salle (1682-1719).

Fundamentalmente, la palabra significa "gran adhesión". Se puede considerar pues, que la naturaleza del afecto reside en la firmeza de la determinación y sus principales efectos, en todas las formas de la fidelidad y de la perseverancia. Pero, el ámbito de la adhesión es triple, puesto que se puede ejercer a nivel de la voluntad, del juicio o del corazón.

Adhesión de la voluntad. En los escritos del Fundador, de las 244 frases en las que figura la palabra "afecto"⁷, más de las dos terceras partes se deben catalogar bajo este título. Por ejemplo: "La oración nos prepara... para unirnos íntimamente a [Dios], por medio de la conformidad de afectos, para no querer ni desear ya nada sino a Él, o por relación a Él" (DC1 401,1,4). "Este tipo de oración... inclina el alma, dulce y suavemente, a la práctica de la virtud... Esto hace que uno se mueva a ella con ardor; que se superen valerosamente las dificultades y repugnancias que la naturaleza debe encontrar en ella; y que se abracen con gusto [afecto] las ocasiones que se presentan de practicarla" (EMO 12.269). La continuidad de sentido de las palabras "ardor", "valor", "afecto" es evidente; y sobre todo, es progresiva. "Los que tienen hambre y sed de justicia... son los que viéndose muy lejos de la perfección que Dios exige de ellos, se alientan de continuo con el deseo y el anhelo [afecto] que sienten de dar con ella" (DC1 216,2,10). A las palabras evangélicas tan fuertes como "hambre y sed" corresponden de forma natural "deseo y anhelo [afecto en el texto francés]". "Las reflexiones del entendimiento y los afectos de la voluntad constituyen propiamente el cuerpo de la oración" (CT 16,3,6). "Que todo mi afecto consista en amarte y en serte grato en todas las cosas" (I 1,8,18). Se podrían multiplicar las citas con facilidad.

⁷. Nota del traductor: La palabra francesa "affection" puede traducirse al castellano de diferentes maneras: afecto, cariño, amistad, amor, estima, gusto... conviene tenerlo en cuenta en las citas que aparecen a continuación.

Adhesión del juicio. Las connotaciones de la palabra “afecto” pasan del registro de la energía y de la decisión al de la estima, del gusto, de la inclinación y, al límite, del ideal personal. Lo podemos comprobar: “Los maestros... les inspirarán además profunda y particular estima [afecto] por los oficios de la iglesia” (GE 8,7,2); “eso les encariñará [dará efecto] con la escuela” (GE 16,2,9); subrayemos que no se trata en este caso de un asunto sentimental; “debéis poner, durante toda vuestra vida, vuestro afecto (vuestro ideal) en obedecer” (MD 12,1,2); “manifestarán [a su Director] sus dolencias, tanto del cuerpo como del alma, sus dificultades, sus tentaciones y la estima [afecto], facilidad o dificultad que encuentran en la práctica de la virtud” (RC 12,8); “si hubiere libros latinos traducidos en lengua vulgar, en los que el texto latino esté de un lado y el vulgar del otro, sólo se permitirá leerlos, salvo en lectura pública, a los que tengan treinta años en quienes no se advierta afición [afecto] alguna al latín” (RC 26,3); es contrario a la obediencia “disgustarse por lo mandado; ejecutarlo sin interés [afecto], con flojedad, murmurando o manifestando repugnancia” (CT 9,2,9); “que Dios infunda en su corazón el deseo [afecto] de salvarse” (MD 56,3,2).

Adhesión del corazón. Nos introducimos ahora en el ámbito de las emociones, sentimientos pasiones. La palabra “afecto” adquiere finalmente su significado actual, aunque es el menos frecuente en san Juan Bautista de La Salle; en efecto, sólo lo encontramos 18 veces. He aquí algunos ejemplos: “Los alumnos... tienen poco afecto hacia el maestro que no les es simpático” (GE 16,2,15), que no les da ganas de entrar en relación; “amar a Dios de todo nuestro corazón es amarlo con todo nuestro afecto, sin reserva alguna y sin dejar lugar en nuestro corazón para nada que no sea Dios, quien debe poseerlo por completo” (DC1 201,2,2); “si sólo manifestamos afecto a los que nos aman, ¿cuál sería nuestra recompensa?” (DC1 403,2,9); “que nada, fuera de Él [Dios], merece nuestro amor [afecto]” (MF 125,2,2); “los Hermanos se profesarán cordial afecto unos a otros” (RC 13.1); “manifestarán a todos los alumnos igual afecto” (RC 7,14).

Que el lector nos disculpe por esta larga serie de citas de carácter indudablemente fastidioso; sin embargo, me parece que es lo único capaz de dar a conocer la extrema riqueza de la palabra, al mismo tiempo que de su intrínseca ambigüedad, fuente de peliagudas dificultades de lectura y de traducción.

¿Qué debemos pues retener con respecto a nuestro tema? Se podría decir que, en el asunto de la presencia de Dios, el afecto es una búsqueda que lleva en ella su recompensa, una plenitud de satisfacción que no hace más que avivar sin término una necesidad siempre renaciente, un deseo nunca saturado. Como lo manifiesta san Juan Bautista de La Salle: “Sucede, incluso, a algunas almas, que están desocupadas interiormente y aun desprendidas del afecto a las cosas criadas, que Dios les otorga la gracia de perder raras veces la presencia de Dios, o incluso de no perderla nunca; lo cual es para ellas un goce previo y un anticipo de la felicidad del cielo” (EMO 3,100). *Afecto* se acerca aquí a la palabra que ya hemos encontrado en el párrafo de *Atención* y que puede extrañar en la pluma del Fundador, la palabra *placer* (I 6,29,2).

3. Una presencia eficiente

Cuando Dios concede a un fiel la gracia de su presencia, no la limita a un don aislado, cerrado sobre sí mismo; al contrario, lo acompaña de efectos benéficos que aumentan su irradiación. Porque, para él, ser es amar, y amar consiste en “que los hombres tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn 10,10).

En el segundo capítulo de la Explicación del Método de Oración, san Juan Bautista de La Salle propone seis maneras de ponerse en presencia de Dios, precisando para cada una de ellas sus “frutos” específicos. Y su evocación sucesiva revela que, jalonando un itinerario cotidiano de conversión, esos frutos contribuyen de forma totalmente pertinente a la eclosión y el desarrollo de la vida cristiana.

3.1. Mantener ese sentimiento de la presencia divina tiene como efecto inicial **“impedirnos el ofender a Dios** cuando estamos tentados o nos hallamos en alguna ocasión de caer en pecado, pues si es cierto que nos avergonzaríamos de decir alguna palabra o de hacer alguna acción que pudiese ofender a alguna persona digna de nuestro respeto, con cuánta más razón debemos temer ofender a Dios en su presencia, siendo, como es, tan grande su bondad y su amor para con nosotros” (EMO 2,21).

Por consiguiente si el esfuerzo inicial de conversión consiste claramente en la huida del pecado, esto supone, como consecuen-

cia, “no servirnos para ofenderle del movimiento que [Dios] nos da y que Él tiene continuamente en nosotros; ni de las acciones que hace en nosotros y con nosotros, y que nosotros realizamos por Él” (EMO 2,46), sino al contrario de “atender a las necesidades del cuerpo con la mira de hacer que Dios viva en nosotros, de vivir su vida y de vivir por Él” (EMO 2,45). Y ese buen uso de nuestro cuerpo se extiende al conjunto de lo que el Padre Celeste ha dispuesto en nuestro entorno y ha puesto a nuestro servicio para el desarrollo de nuestra vida en todas sus dimensiones: elementos naturales o compañeros humanos.

Para designar esta práctica, los autores espirituales de la época recurren a la expresión tradicional, el “desprecio de las criaturas”. Semejante fórmula puede sorprendernos y hasta chocarnos, en la medida en que, en nuestros días, la teología de nuestra relación con el mundo (y por consiguiente su espiritualidad) ha evolucionado en un sentido más positivo. No se trata de ver en las realidades terrestres el Reino de Satán, para huir de sus pompas y sus obras. Se trata sencillamente de no atribuirles un valor absoluto, como un avaro puede hacerse un ídolo de su oro, o el orgulloso de su propia persona; sino de mantenerlas en su lugar de intermediarias entre Dios y los hombres, respetando su finalidad específica que es la de contribuir, en su medida, al pleno desarrollo de nuestra vocación sobrenatural. Es lo que San Pablo dice con acierto cuando pide a los cristianos de “disfrutar de las cosas de este mundo como si no disfrutasen, porque la apariencia de este mundo pasa” (1Co 7,31).

3.2. Otro efecto es **“mantenernos fácilmente en el recogimiento y atención a la presencia de Dios, sea que andamos o que estamos quietos en algún lugar, aun en los de más distracción”** (EMO 2,20).

Este punto se ha tocado en los párrafos 2.3 y siguientes, a propósito de la “disposición del alma para la oración” (EMO 1,7). Pero aquí debemos volver sobre el tema en sí mismo, porque en la espiritualidad berulliana, y por consiguiente en la lasaliana, presenta una importancia muy particular.

Es un aspecto, entre otros, del antagonismo irreducible que la Escritura establece entre Dios y el “mundo” o la “carne”, y de la elección radical que como consecuencia plantea al fiel. Elección que san Juan Bautista de La Salle explica y justifica: “La aplica-

ción a Dios... es incompatible con la aplicación a las cosas exteriores y sensibles ya que Dios es espiritual, y tampoco puede avenirse con la aplicación a las criaturas espirituales, porque Dios se halla infinitamente por encima de las cosas creadas, por muy desprendidas que estén de la materia y por muy perfectas que sean” (EMO 1,11). Y por consiguiente, para animarnos, describe de antemano los resultados: “Cuanto más se aplica un alma a Dios, tanto más se desprende de la ocupación de las criaturas; y, por consiguiente, del apego y afecto que las tenía... Es así como insensiblemente, al llenarse el alma de Dios, se desprende de las criaturas, y llega a ser lo que se llama interior, por la desocupación y el desprendimiento de las cosas sensibles y exteriores” (EMO 1,11-12).

3.3 Estos últimos textos nos permiten evaluar el alcance del sentimiento de la presencia de Dios y su impacto en la vida espiritual ella misma. Representa un comienzo en el alma del fiel que se abre a esa presencia y en el que se facilita su implantación. También representa el alimento por medio de un recuerdo frecuente y familiar que sólo pide un instante de amorosa atención para renovarse. Presenta sobre todo la incomparable ventaja de **mantenerla en su centro natural que es Dios**. “No debéis preocuparos sino de conseguir que Dios reine por la gracia y por la plenitud de su amor en vuestro corazón. Debéis vivir para Él, y la vida del mismo Dios ha de ser la vida de vuestra alma. Se necesita, además, que la nutráis de Él, ocupándoos cuanto os sea posible de su santa presencia” (MD 67,1,1).

Y ahí descansa la solución del conflicto considerado en los párrafos precedentes: sólo el Creador da sentido a sus criaturas; sólo en Él hay que mirarlas, sólo a partir de Él hay que apreciarlas. “Hemos de demostrar con nuestra conducta que, efectivamente, vivimos de la vida de Dios; que tenemos sólo pensamientos que nos llenan de Dios y de bajos sentimientos hacia todas las cosas de este mundo, según lo que son en lo exterior; y que si hacemos algún aprecio de ellas, debe ser sólo por lo que son en Dios, penetrados, como debemos estar, de que Dios es todo en todas las cosas; y de que todas las cosas son nada, salvo en cuanto Dios reside en ellas y están penetradas de Dios” (EMO 2,42).

El cristiano no debería tener por eslogan “Desde que he encontrado el rostro de Dios, ya no aguanto el de los hombres”, sino,

“Desde que he encontrado el rostro de Dios, lo encuentro cada instante en el de mis hermanos”. Y san Juan Bautista de La Salle saca la aplicación pastoral: “Vosotros tenéis obligación de instruir a los hijos de los pobres. En consecuencia, debéis sentir particularísima ternura por ellos, y procurar su bien espiritual cuanto os fuere posible, considerándolos como los miembros de Jesucristo y sus predilectos. La fe que debe animaros, ha de moveros a honrar a Jesucristo en sus personas, y a preferirlos a los más ricos de la tierra, porque son imágenes vivas de Jesucristo, nuestro divino maestro” (MF 80,3,2).

3.4. Esta extensión que va del sentido de la presencia de Dios en sí misma hasta la presencia de Dios en el otro, madura la vida interior del fiel y le confiere su verdadero sello de vida de unión a Dios. Le encamina al mismo tiempo en la vía que va al grado supremo de la vida cristiana, la santidad, sobre todo la que nos corresponde: “Lo que constituye la vida de los santos es su continua atención a Dios. Esa debe ser también la de las almas consagradas a Dios y que sólo buscan cumplir su santa voluntad, amarlo y hacer que otros lo amen. En eso debe consistir toda vuestra ocupación en la tierra; y a ese fin deben enderezarse todos vuestros trabajos” (MD 67,1,1).

Segunda parte: El ejercicio de la presencia de Dios

El 8 de julio de 1708, San Juan Bautista de La Salle escribía al H. Denis, Director de Darnétal: “Aplicarse a la presencia de Dios es práctica de mucha utilidad; sea fiel a ella” (C 11,8). Leyendo esta frase no podemos sino subrayar el tono de profunda convicción que aparece en ella. Treinta y ocho años después de sus inicios en el Seminario de San Sulpicio, nos transmite, más que un fiel reflejo de la enseñanza que recibió allí, un testimonio sincero y fuerte de experiencia espiritual. En efecto, aquí se manifiesta con total acuerdo y desde el fondo de su alma, el doctor en teología, el director de conciencia y sobre todo el buscador de Dios que fue a lo largo de toda su vida.

1. Aspecto religioso del ejercicio de la presencia de Dios

“Estarán lo más atentos que puedan a la santa presencia de Dios, y cuidarán de renovarla de cuando en cuando; bien persuadidos de que no han de pensar sino en Él y en lo que les ordena, es decir, en lo concerniente a su deber y empleo” (RC 2,7). Tal es la prescripción hecha a los Hermanos en el artículo 7 del segundo capítulo de la Regla, titulado, “Del espíritu de este Instituto”.

1.1. En efecto, es importante observar que para san Juan Bautista de La Salle, la práctica de la presencia de Dios no se reduce a una devoción más o menos marginal, dejada en manos de la fantasía de cada uno, y que sólo habría que añadir a su piedad como si fuera la guinda del pastel, un pequeño suplemento folklórico. Se inserta en el corazón mismo de lo que constituye la espiritualidad original que comparte con sus Hermanos como una huella de nacimiento, fundamento de la personalidad religiosa y criterio de su identidad en el seno de la Iglesia: el espíritu de fe.

A lo largo de todas las Reglas de las congregaciones de enseñanza, masculinas o femeninas, que he podido leer (una quincena), he constatado que todos los autores se ponían de acuerdo para poner como base y fuente de su carisma la caridad. San Juan

Bautista de La Salle ha ido mucho más allá; es el único que conozco que ha enraizado su Instituto sobre la base misma de la vida cristiana: la fe. Y no una fe cualquiera, sino la fe que según Santiago “alcanza la perfección por las obras” (cf. St 2,22), la que según la Regla actual “se hace patente en los Hermanos por el celo ardiente hacia aquellos que les han sido confiados” (R 7).

En el texto citado anteriormente (RC 2,7), el Fundador especifica su intención al decir “bien persuadidos de que”; una fórmula familiar que utiliza cada vez que quiere obtener de su interlocutor una adhesión profunda, que compromete a toda su persona. Puesto que continúa, “no han de pensar sino en Él [Dios] y en lo que les ordena, es decir, en lo concerniente a su deber y empleo”. La expresión es radical (no... sino); es imperativa (la palabra “deber” evoca una obligación moral que depende del estado en su sentido más general: profesión y situación social); es concreta (la palabra “empleo” designa el ministerio propio de los Hermanos ejercido en la escuela cristiana, en el corazón de la Iglesia).

La cuestión que se plantea es pues la siguiente: ¿qué relación une el espíritu de fe al ejercicio de la presencia de Dios? Para responderla, sirvámonos una vez más del Fundador. En una carta de la que Blain sólo cita un pasaje (CL 8.232), explica: “El espíritu de fe es una participación del Espíritu de Dios que reside en nosotros, que hace que nos regulemos y guiemos en todo por sentimientos y máximas que nos enseña la fe” (C 105,1).

Esta frase nos ofrece un ejemplo característico del espíritu de síntesis de san Juan Bautista de La Salle. Totalmente centrada en el Espíritu Santo, afirma de forma categórica para empezar, su presencia en nuestra alma, para continuar precisando en la parte final, su acción en el ámbito del desarrollo de nuestra vida cristiana. Doctrina tradicional de la Iglesia y que volvemos a encontrar en la meditación del lunes de la octava de Pentecostés: “Las verdades que el Espíritu Santo enseña a aquellos que lo han recibido, son las verdades diseminadas por el Santo Evangelio; Él se las hace comprender y se las hace gustar, y los mueve a vivir y a actuar según las mismas. Pues sólo el Espíritu de Dios puede hacer que se comprendan y mover eficazmente a practicarlas, porque están por encima del alcance de la mente humana” (MD 44,2,1). Lo que Dios, presente en nosotros, nos comunica por su

Espíritu no puede ser de otra naturaleza que lo que nos ha transmitido por su Hijo: “El Espíritu Santo que el Padre enviará en mi nombre os enseñará todo y os recordará todo lo que os he dicho” (Jn 14,26).

Por consiguiente, acordarse de la presencia de Dios es realizar un acto de fe y al mismo tiempo renovar su fe.

Pero el Fundador cuya primera preocupación con respecto a los Hermanos es realizar todos los esfuerzos por asegurarles la formación espiritual que estima indispensable, tanto para su vida religiosa como para su apostolado, no podría estar satisfecho de formular en su Regla únicamente principios generales tan excelentes como fueran. Aprovecha todas las ocasiones propicias, especialmente los encuentros y sobre todo la correspondencia mensual que intercambia con ellos, para proponerles, con palabras simples y concretas, todas las aclaraciones deseables sobre este espíritu de fe del que dice que “los que no lo tienen o lo han perdido, deben ser considerados y considerarse a sí mismos como miembros muertos, porque se hallan privados de la vida y gracia de su estado” (RC 2,1).

Esta enseñanza tan preciosa, la retoma en su “Colección” cuya edición más antigua sería de 1705. Encontramos allí la pregunta: “¿Qué medios se nos dan, y son más eficaces para ayudarnos a tener el espíritu de fe, y a conducirnos a él?” Responde que hay siete, y después de algunas indicaciones tomadas de la Regla tales como “tener un profundo respeto por la Sagrada Escritura... animar todas nuestras acciones con sentimientos de fe... no atender en todo más que a las órdenes y a la voluntad de Dios...” añade “el sexto [es] atender, cuanto se pueda a la santa presencia de Dios, y renovarla de cuando en cuando” (CT 11,2,17).

Unas páginas más adelante, vuelve sobre el tema y aclara esta doctrina: “¿Cómo puede ayudarnos la atención a la presencia de Dios a conducirnos por espíritu de fe? Haciéndonos obrar, primero, por reverencia a Dios; segundo con modestia y recogimiento, a causa de la presencia de Dios; tercero, alejándonos del pecado, sea cual fuere, como de la cosa que desagrada a Dios y ofende a los ojos de su divina Majestad” (CT 11,2,40).

1.2. Formando parte del espíritu de fe, el ejercicio de la presencia de Dios desempeña un papel capital en **la vida interior** del

lasaliano. Se da a veces de ésta el nombre más explícito y más sugestivo de la "vida de unión con Dios", expresión que justifica plenamente la importancia que tiene en ella el ejercicio de la presencia de Dios. Para vivir en unión con alguien, ¿no es necesario en efecto, que éste se haga presente de una u otra manera? Y como Dios no cesa de estarlo, tanto en nosotros como en nuestro entorno, depende de nuestra piedad realizar el esfuerzo para avivar en nosotros su presencia por la fe.

Por eso la "Colección" explica que conviene prestar atención "a la santa presencia de Dios: 1/ Porque es el medio para alejar del espíritu todos los pensamientos malos o inútiles, o impedir que dejen en él alguna impresión. 2/ Porque es alma y sostén de la vida interior. 3/ Porque los ejercicios espirituales tienen poco vigor, si no los anima la presencia de Dios" (CT 13,19,1-3).

Sin duda, la primera razón presentada puede parecernos negativa. Sin embargo, denota el carácter tan realista de san Juan Bautista de La Salle, como lo muestra este texto ya citado: "¿Qué espíritu pasa de repente de la ocupación de las cosas sensibles a la de cosas puramente espirituales? Esto parece a algunos muy difícil, y a otros del todo imposible" (EMO 3,111). Resulta pues indispensable un esfuerzo decidido para liberarlo y purificarlo y para dar apertura y existencia a las realidades espirituales indicadas en las otras dos razones, lo que justifica ampliamente la primera.

Entre otras disposiciones concretas tomadas por el Fundador para regular la vida cotidiana de los Hermanos, dos de ellas indican su preocupación constante de animarles y ayudarles a desarrollar lo mejor posible su vida interior. En la larga lista de temas de los que pueden hablar durante las recreaciones encontramos: "Del mucho fruto que se logra con el ejercicio de la presencia de Dios, y de los medios para hacérsela fácil y frecuente" (CT 10,2,18). Y en los "Artículos sobre los que hay que examinarse para dar cuenta de conciencia", nos invita a ir más lejos y examinar: "Si se presta atención a la santa presencia de Dios; si ésta es frecuente o incluso continua" (CT 8,2,10).

En la "Explicación del Método de Oración", en efecto, da esta indicación que parece ser una pequeña confidencia personal: "Sucede, incluso, a algunas almas, que están desocupadas interiormente y aun desprendidas del afecto a las cosas criadas, que

Dios les otorga la gracia de perder raras veces la presencia de Dios, o incluso de no perderla nunca; lo cual es para ellas un goce previo y un anticipo de la fidelidad del cielo" (EMO 3,100).

Bajo su pluma, las expresiones "vida interior" y "vida espiritual" son perfectamente sinónimas. Emplea la primera 211 veces y la segunda 218! A veces une las dos para insistir en su idea: "Una persona lleva una vida nueva, es decir, vida interior y espiritual..." (MD 31,1,1).

1.3. Todas las religiones prescriben a sus fieles **prácticas específicas** que aseguran, jalonan y alimentan su vida de unión con Dios: lectura de textos sagrados, oración común y privada, participación en las ofrendas y sacrificios culturales. Esto lo encontramos en la jornada de cada Hermano.

Desde su origen, la vida monástica cristiana, tanto en Oriente como en Occidente, impone a sus miembros una lectura de la tradición calificada de espiritual, sin duda, a causa del carácter religioso de las obras utilizadas, pero, más aún, porque se propone por objetivo desarrollar no tanto los conocimientos del lector, sino su amor de Dios. De ahí los consejos del Fundador: "No empecéis la lectura sin haberos puesto antes en la presencia de Dios; pedidle, con alguna corta oración, las gracias y luces que necesitáis para comprender y practicar lo que vais a leer" (CT 14,7,1) y "leed vuestro libro como si leyeráis una carta que Jesucristo mismo os hubiera enviado, para manifestaros su santa voluntad" (CT 14,7,2).

Entendida de esta manera, la lectura espiritual prepara directamente a la oración mental, ejercicio por excelencia de la vida interior. San Juan Bautista de La Salle ha dedicado a ésta un libro entero, del que se han sacado gran número de citas que han ilustrado este estudio. Sería fastidioso volver sobre el tema. Contentémonos con esta sugerencia: "Lo primero, pues, que debe hacerse en la oración, es penetrarse interiormente de la presencia de Dios; lo cual ha de hacerse siempre por un sentimiento de fe, fundado en algún pasaje de la Sagrada Escritura" (EMO 2,14). O esta observación "No hay que detenerse en él por poco tiempo, pues es lo que más contribuye a infundir el espíritu de oración y la aplicación interior que se puede tener en ella" (EMO 3,121).

San Juan Bautista de La Salle sabe añadir el ánimo al consejo: "Si amáis a Dios, la oración será el alimento de vuestra alma, y Él

entrará en vosotros y os hará comer a su mesa, como dice san Juan en el Apocalipsis; y luego gozaréis del privilegio de tenerlo presente en vuestras acciones, sin otra mira que la de agradarle. Incluso tendréis siempre hambre de Él, como dice el Sabio; pues según la expresión del Real Profeta, no os saciaréis sino cuando disfrutéis de su gloria en el cielo" (MF 177,3,2).

También lo dice en 1702, por consiguiente antes de la Explicación, en un libro de 280 páginas, titulado "Instrucciones y oraciones para la santa Misa, la confesión y la comunión". Estaba destinado a los niños, quizás con la idea de que a partir de ellos llegara hasta los padres. Condensó las propuestas para los Hermanos en la "Colección", donde encontramos este aviso "Renovad a menudo, en la iglesia, el pensamiento de la presencia de Dios, y del respeto con que están los ángeles ante su divina Majestad" (CT 14,5,1).

De hecho, sus indicaciones servían para todos los momentos del día, para todas las actividades de sus Hermanos; si se trataba del trabajo, "todos se arrodillarán para adorar a Dios presente, en todos los sitios de la casa, al entrar o al salir; excepto en el patio y en el jardín, como también en el locutorio, en el cual se limitarán a descubrirse y saludar al Crucifijo" (R 4,13); si se trataba de momentos de ocio, "tomad cada día, después de la comida, algún rato de recreación... No os entreguéis a la recreación con demasiado desahogo; durante la misma cuidad de no disiparos y de no perder la presencia de Dios" (CT 14,10,1).

Y la Regla actual, vuelta a escribir en 1986, al finalizar el segundo capítulo termina con esta afirmación: "Toda la vida de los Hermanos se transfigura por la presencia del Señor que llama, consagra, envía y salva" (R 21). Esta frase, no la ha escrito sobre el papel san Juan Bautista de La Salle. Sin embargo, pertenece a su estilo.

2. Aspecto pastoral del ejercicio de la presencia de Dios

La educación querida por san Juan Bautista de La Salle para los alumnos de sus escuelas tiene por objetivo formar "verdaderos cristianos" (MF 171,3,2), "verdaderos discípulos de Jesucristo" (MF 116,2,2), "verdaderos hijos de Dios y ciudadanos del cielo"

(MR 199,3,2), dándoles “el verdadero espíritu del cristianismo” (MF 159,1,2). Y toda su pedagogía está elaborada en ese sentido. Podemos referirnos para ello a la “Guía de las Escuelas” (Cf. Obras completas II) y a los “Ejercicios de Piedad que se hacen durante el día en las Escuelas Cristianas” (Cf. Obras completas III).

Llama a las dos partes de la jornada escolar “mañana” y “tarde” en detrimento de otras palabras utilizadas en su época.⁸

2.1 Numerosas oraciones jalonan el día porque inician y concluyen cada actividad particular. Mezclan ordinariamente las fórmulas en latín y en francés.

Las más largas, que se rezan “por la mañana, a las ocho, al comienzo de la clase” (EP 1,1) y “por la tarde a la una y media” (EP 6,1), comienzan con el signo de la cruz, la indicación “acordémonos de que estamos en la santa presencia de Dios” y la invitación al Espíritu Santo. Comprenden a continuación uno de los siete actos de fe “que se dicen cada día de la semana”; el domingo, sobre “todo lo que la Iglesia cree y me recomienda creer”, el lunes, sobre “el misterio de la Trinidad”, el martes, sobre “la inmortalidad de nuestras almas”, el miércoles, sobre “el misterio de la Encarnación”, el jueves, sobre “el de la Sagrada Eucaristía”, el viernes, sobre “el de la Redención” y el sábado, sobre “el de la Resurrección” (EP 5,1-7).

El tiempo de clase, de 8.30 a 10.30 por la mañana y de 13.30 a 15.30 por la tarde, comienza por un acto de ofrenda y de petición: “Dios mío, voy a dar esta lección por amor tuyo; concédeme, si te place, tu santa bendición” (EP 1,10); “Dios mío, voy a realizar esta acción por amor tuyo; permíteme que te la ofrezca en honor y en unión de las acciones que tu Hijo Jesucristo realizó mientras estaba en la tierra, y concédeme la gracia de realizarla tan bien, que pueda agradarte” (EP 6,2); “Continuaré, oh Dios mío, haciendo todas mis acciones por tu amor. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Así sea.” (EP 1,8). El alumno repetía esta fórmula cada vez que cambiaba de actividad.

Las “Oraciones que se dicen al final de la clase de la mañana” comprenden un punto de reflexión que el maestro comenta bre-

⁸. Nota del traductor: en francés además de “matin”, “soir”, existen otras palabras con significados similares: “matinée”, “après-dîner”, “après-midi” que no tienen una traducción particular en castellano.

vemente a los alumnos para sugerirles buenas resoluciones. Hay cinco, uno por día: "1/ Hay que considerar que no se nos ha dado este día sino para trabajar en nuestra salvación. 2/ Hay que prestar atención a que este día puede ser el último de nuestra vida. 3/ Hay que formar la firme resolución de emplear todo el día en servir bien a Dios, para ganar la vida eterna. 4/ Es preciso disponernos a morir hoy antes que ofender a Dios. 5/ Hay que pensar en las faltas que cometemos con más frecuencia, hay que prever las ocasiones que nos hacen caer en ellas, y buscar los medios para evitarlas" (EP 2,8).

Las "que se dicen al final de la clase de la tarde" comportan un examen de conciencia muy pormenorizado. Existen cuatro y se van empleando todos los días a lo largo de cuatro semanas y "cada uno se interroga en particular" (EP 9,0,1-9,4,5).

El final de la merienda anuncia la hora del catecismo, verdadera culminación de la jornada. Ordinariamente comienza a las 16, con un canto (EP 7,1). Un opúsculo diferente de los "Ejercicios de piedad" contiene setenta para los diferentes tiempos litúrgicos, a los que se añaden uno "para implorar la asistencia del Espíritu Santo antes del catecismo" y otro como "invitación al catecismo", con estrofas propias para cada día de la semana (Cf. CE 1,1,1-6,3).

Al final del catecismo, se repite la oración que se dice al final de la clase: "Dios mío, te doy gracias por todas las enseñanzas que me has dado hoy en la escuela, concédeme la gracia de aprovechar de ellas y de ser fiel a ponerlas en práctica" (EP 8,1).

En todos los actos de devoción, el cuerpo toma parte activa. Los alumnos deben mantener la actitud prescrita: "Al primer toque todos los escolares se arrodillarán, con los brazos cruzados, con postura y exterior muy modestos" (GE 1,2,8). Y el maestro debe estar totalmente atento: "El maestro cuidará que no se muevan, no cambien de postura, no se apoyen con los brazos, ni delante ni detrás, no se sienten sobre los talones, no vuelvan la cabeza para mirar atrás, y que ni siquiera miren hacia delante, y sobre todo que no se toquen ellos mismos ni se toquen unos a otros" (GE 7,4,3). Sobre todo que "durante las oraciones, como en cualquier ocasión, el maestro hará lo que desea que hagan los alumnos. Para este fin, durante las oraciones del comienzo de la clase, las oraciones de la mañana y de la tarde al final de la clase, y los

actos que se dicen antes de ir a la santa Misa, permanecerá siempre de pie delante de su sitial, con un exterior muy modesto, muy recogido y circunspecto, con los brazos cruzados y mucha modestia, para dar ejemplo a los alumnos de lo que deben hacer durante ese tiempo" (GE 7,4,1).

Hasta los mismos movimientos de entrada o salida deben obedecer a un rito: Los maestros cuidarán que "al entrar en la escuela, todos los escolares caminen tan suave y pausadamente que no se les oiga; con el gorro quitado, tomarán agua bendita, y después de hacer la señal de la cruz irán enseguida derechos a sus clases... Se les animará a que entren en sus clases con profundo respeto, en atención a la presencia de Dios. Llegados al centro, harán una profunda inclinación al crucifijo, y saludarán al maestro, si está allí... luego irán pausadamente y sin ruido a su puesto ordinario" (GE 1,1,7-9).

Se constata que hasta la forma de llevar la ropa tiene su importancia, en virtud del principio planteado por san Juan Bautista de La Salle en las "Reglas de cortesía": "La negligencia en el vestir es señal de que no se presta atención a la presencia de Dios, o de que no se le tiene el debido respeto" (RU 2,3,1,13).

2.2. Estos ejemplos nos han hecho constatar en qué medida, "estando los niños mañana y tarde bajo la dirección de los maestros" (RC 1,3), se realiza una unión íntima y natural entre lo humano y lo cristiano en la formación de los alumnos. Los últimos textos citados nos devuelven a nuestro tema: la presencia de Dios.

Las oraciones que hemos examinado brevemente, encuentran su sitio al comienzo o al final de las diversas actividades y tienen por objeto hacer rezar a los niños a propósito de esas actividades. San Juan Bautista de La Salle ha integrado otras oraciones de naturaleza diferente en el desarrollo de la jornada. He aquí cómo las presenta: "A cada hora del día, se harán breves oraciones que servirán al maestro para renovar su atención sobre sí mismo y a la presencia de Dios, y a los escolares para habituarles a pensar en Dios de vez en cuando durante el día, y disponerlos a ofrecerle todas sus acciones, para atraer su bendición sobre ellas" (GE 7,1,4).

Los "Ejercicios de Piedad" precisan las horas de estas oraciones: por la mañana "a las nueve y a las diez" (EP 1,12) y por la tarde

“a las dos y a las tres” (EP 6,3). También se indica de qué van: “En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Acordémonos de que estamos en la santa presencia de Dios. Benditos sean el día y la hora del nacimiento, muerte y resurrección de Nuestro Señor Jesucristo. Dios mío, te doy mi corazón; concédeme la gracia de pasar esta hora y el resto del día en tu santo amor y sin ofenderte”. Sigue a continuación el Ave María y el acto de fe previsto para la jornada (EP 1,12-13).

Además, la “Guía de las Escuelas”, después de haber especificado la postura que los alumnos deben mantener durante las oraciones (Cf. más arriba GE 7,4,1) añade: “Durante las demás oraciones que se hacen en común en la clase, el maestro y los alumnos permanecerán sentados en su sitio, con los brazos cruzados y con exterior tan modesto como el que antes se ha indicado respecto de las oraciones de la mañana y de la tarde” (GE 7,4,4).

En efecto, esos recuerdos de la presencia de Dios no señalan el paso de una actividad a otra. Únicamente suponen un breve instante durante el desarrollo de la lección que, después de este momento de respiro, se retoma inmediatamente donde estaba. Es pues conveniente y más práctico a la vez, que los alumnos permanezcan en su puesto de trabajo.

Pero la verdadera originalidad de estas “otras oraciones” reside en el hecho de que no conciernen sólo a los alumnos, sino también y en primer lugar, a sus maestros. Ofrecen a éstos, en el mismo lugar de su trabajo, la oportunidad de renovarse en lo que el Fundador llama “el espíritu de nuestro estado”, esta condición tan singular en la época, llamando a laicos que viven en comunidad, a realizar obra de Iglesia en el ámbito escolar. En esta “Sociedad” en la que el empleo se eleva a la categoría de ministerio, el maestro se transforma en apóstol y la pedagogía en pastoral. ¿Cómo no sentir pues como una exigencia fundamental la necesidad de un recurso a Dios que se deja alcanzar en presencia de amor siempre actual?

San Juan Bautista de La Salle, a lo largo de su vida, no cesó de recomendar a sus Hermanos **“el ejercicio de la presencia de Dios. No hay nada que se deba y se pueda buscar con más cuidado, pues es la bienaventuranza anticipada ya en esta vida. Además os es de suma utilidad en vuestro empleo, pues como éste se ordena a Dios y tiende a ganarle almas, importa mucho no per-**

der a Dios de vista en él. Sed, pues, lo más fieles que podáis a ello” (MF 179,3,2). Esta exhortación, la retomaba a menudo en su correspondencia con ellos: “La presencia de Dios le será de gran utilidad para ayudarlo y animarlo a realizar bien sus acciones” (C 102,7). “Entre con frecuencia dentro de sí para renovar y vigorizar el recuerdo de la presencia de Dios. Cuanto más procure mantenerlo, mayor facilidad hallará para hacer bien sus acciones y cumplir bien sus obligaciones” (C 1,5).

Por otra parte, con palabras más sencillas y puestas a su nivel, tiene el mismo tipo de lenguaje con los alumnos, incitados ellos también, a vivir lo más posible bajo la mirada bondadosa de Dios, a fin de realizar cada una de sus acciones únicamente por él y con la ayuda de su gracia.

H. Jacques Goussin

INDICE

Introducción	5
Testimonios	7
• La presencia de Dios y la escalinata del frente - <i>Hno. George Van Grieken</i>	7
• La Santa presencia de Dios - <i>Sta. Deb Fagan</i>	10
• Acordémonos de que estamos en la santa presencia de Dios... - <i>Hno. Larry Schatz</i>	12
• La presencia de Dios - <i>Hno. Ed Siderewicz</i>	13
• El césped verde, Signo de Fe - <i>Sta. Rory Tira</i>	17
• Siempre en Tierra Santa - <i>Sr. Gregor Kopra</i>	19
• Una práctica de nuestra tradición - <i>Hno Luke Salm</i>	22
Primera parte: La presencia de Dios	29
1. Una presencia múltiple	29
2. Una presencia discreta y atractiva	32
3. Una presencia eficiente	38
Segunda parte: El ejercicio de la presencia de Dios	43
1. Aspecto religioso del ejercicio de la presencia de Dios	43
2. Aspecto pastoral del ejercicio de la presencia de Dios	48

